

Homero Acosta

Obra Poética

Gobierno del Estado

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

1988

Literatura

1527

OBRA POETICA

HOMERO ACOSTA

OBRA POETICA



GOBIERNO DEL ESTADO

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

1988

ISBN-968-6194-13-4

0064-88006-A0002

Editorial Universitaria Potosina

HOMERO ACOSTA

Nació en Axtla, hoy Villa Alfredo M. Terrazas, S. L. P., el 20 de febrero de 1901. Cursó los estudios primarios y los secundarios en instituciones locales; el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria y se recibió de abogado en la Escuela Libre de Derecho.

Durante su vida profesional fue Juez de Primera Instancia en Tamazunchale, S. L. P.; Procurador General de Justicia, Secretario General de Gobierno y Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. En el Distrito Federal fue Jefe del Departamento Jurídico del Sindicato de Trabajadores de la Educación y de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado.

Elocuente orador y distinguido poeta, hoy está retirado a la vida privada en Matlapa, Tamazunchale, S. L. P.

Son sus libros de poesía publicados La canción olvidada, México, 1947; Canto a la tierra, México, 1958; Poema a la amada, México, sin año de publicación; Lluvia en otoño, México, 1964, y Fuego, humo y cenizas, San Luis Potosí, 1977.

La poesía de Homero Acosta, directa y sin hermetismos, se distingue por su espontaneidad y por su valentía. Consciente de que la existencia del hombre acaba en el polvo, e influenciado tal vez por Omar Kayam y Rubén Darío, bebe y aconseja beber en los vasos de los sentidos el rojo vino de la vida, seguro como está de dar en cualquier momento el salto mortal hacia el vacío. Sin embargo, su sensualidad y su desesperanza no anulan el sentimiento religioso, que canta con renovado temblor poético.

La exaltación del paisaje nativo y los golpes de tralla con los cuales fustiga la injusticia social, las carencias del pobre y el derrumbe de los valores morales, también están vivos en su obra poética.

Este libro la recoge completa, en lo que tiene de perdurable, y es el testimonio de un hombre dedicado durante varias décadas, con amor y lealtad, al servicio de la poesía.

JESUS MEDINA ROMERO,

15 de noviembre de 1987.

LA CANCION OLVIDADA

*A los que me dieron o
recibieron mi sangre o mi amor*

LOS POEMAS PROVINCIANOS

1926

LA CANCION OLVIDADA

El boticario obeso y el magnánimo cura
bajo un naranjo viejo deshojan un conquián.
Nada cambia en el pueblo; hay la misma ternura
de allá por las edades del abuelo Julián.

Las gallinas pintadas toman sol en el huerto
rodeando al rojo gallo que les baila un can-can.
A veces los arrieros, por el pueblo desierto,
entran como un anhelo, pasan como un afán.

Las miradas cansadas se van tras los arrieros.
Quién pudiera seguirlos; quién pudiera viajar.
Ya se sueñan viajando; tal vez ya marineros;
mas nadie se ha movido: sólo hay un suspirar.

Higienizan la plaza los marranos de engorda
dejando el empedrado limpio como un cristal,
y en medio de suspiros una ilusión se borda
la solterona Emilia, oculta en el corral.

Del brazo de la Iglesia se pasca el domingo.
La procesión de beatas se atraganta un amén.
Nada cambia en el pueblo. No conoce el "fotingo"
ni el saludo lejano de un romántico tren.

El boticario, el médico, el profesor y el cura.
¡Nada, nada ha cambiado...! Una brisca, un
[conquián.
Y a veces los arrieros, igual que su amargura,
entran como un anhelo, pasan como un afán.

LA CANCION DE LAS RUINAS

Una página blanca; una costumbre fiel.
Un recuerdo a la escuela donde aprendí a leer.

* * *

Me llamaron Homero; el de enfrente era Dante,
el de al lado, Virgilio; otro era Cicerón;
y atrás, con gesto suave, con gesto suplicante
estaba un panzoncito llamado Napoleón.

No faltaban Aquiles ni morenos Benitos
(por don Benito Juárez), ni un Víctor-Hugo Paz.
Así pasaban lista cumpliendo con los ritos;
pero el nombre de un santo, eso sí que jamás.

¡Oh, nuestros padres dulces pletóricos de fe
pensando que sus hijos con los mágicos nombres
tenían puesto un pie
para ser grandes hombres!

* * *

Han pasado los años: ni un Aquiles ni un Dante,
ni un genio ni un poeta; un marchito jardín.

Napoleón es ahora ricacho comerciante
y a Víctor-Hugo Paz se le perdió el magín.

Hoy he visto a los padres de aquellos compañeros.
Todos ellos suspiran por lo que pudo ser.
Unos son comerciantes y otros son carpinteros:
qué enorme diferencia con los sueños de ayer.

Ya nadie aspira a nada; todos tienen perdida
la fe en los nombres mágicos: ruleta de la vida.

Sólo mi padre amado no pierde la esperanza
y me sigue esperando... ¡Oh, inútil esperar!
Y yo que he comprendido que se ha roto mi lanza
¡cómo me desespero, qué ganas de llorar!

MI TIO Y SU MULA LA "SABROSA"

*Al señor Lic. José Ma.
Gurría Urgell y en ho-
menaje a un tío suyo que
así peregrinó.*

Sin brújula partían. Los pasos de "Sabrosa"
hacia un mismo sendero iban en pos del sol.
¡Oh, tío tan lejano, de cabeza canosa,
un viaje te embriagaba más que un vaso de alcohol!

Cena, comida, almuerzo... Arriba un cielo raso
pletórico de loros y plumas de quetzal.
Y al galope y al trote y al cadencioso paso
durmiendo en el paisaje más blanco que la sal.

Los vieron que pasaban trazando nuevos mapas
en los ojos pintado desmesurado afán.
Despertaron entonces al católico Chiapas,
al divino Tabasco y al dúctil Yucatán.

¡Bajo la luna insomne, bajo el dolor del alba
cruzaron lentamente con la arcaica emoción
el buen Usumacinta y el patriarcal Grijalva
y se perdieron lejos llamando a Robinsón!

Al rancho de mi padre —¿quién dijo que era mío?—,
llegaban con anhelo de no partir jamás.
Y se alegraba el rancho y se alegraba el río
y mi piadosa madre rogaba por su paz.

Sólo eran ocho días sus días de descanso
y luego los caminos los sentían andar...
Y el paso de "Sabrosa", más alegre que manso,
hacia el viejo horizonte principiaba a sonar!

ETERNAMENTE

Desde aquellos momentos se contuvo la vida.
Saqué de un solo golpe al corazón protervo
y lo arrojé a la selva. ¡No más fruta prohibida!
¡Nunca jamás mi alma conjugaría el verbo!

Ningún amor humano, ningún amor divino.
Ni amar ni ser amado; morir era el consuelo.
¿Reírse? Sí, reírse, acortar el camino
y ver entre las nubes el corazón del cielo.

Brotaba el juramento de mi convulsa y loca
fantasía moderna; pero sonó la hora
y vino nuevamente más bella y más sonora
y se me hundió en los ojos y me sangró la boca.

¡La última! ¿La última? Y comenzó el tormento.
Azules ojos de Ella; dulce fruta prohibida.
Y entre las selvas muertas del corazón hambriento
como un injerto yankee volvió a crecer la vida.

NOVIA MIA MODERNA

El saxofón es verbo; el violín, sustantivo;
el primero es un hombre, el segundo, mujer.
El cornetín adverbio; el banjo es adjetivo;
conjunción es el piano: el piano fue de ayer.

El trombón es artículo; por fin la batería.
Ella es interjección. El fox es sólo un grito.
Y entre roces y ansias el corazón maldito
huele al orín del chivo. ¡Siglo XX! ¡Alegría!

Todo junto, muy junto forman las nuevas partes
de la oración moderna. ¡Nueva generación!
El incubo es el Dios. Sólo en el Jazz hay artes.
¡El jazz es la gramática, el jazz es la oración!

Pero vendrán los días en que el dolor invierta
los valores actuales de Wall Street y ron,
y en que por fuerza caigan cuando te sientas muerta
generación de víboras, novia de saxofón,
pedazos de tus besos, olvido de tus ansias,
sonrisas marchitadas de tus viejas fragancias,
¡naufragios de tus senos allá en mi corazón!

PINCELADAS

Tierra mía caliente:
tamales, aguacates y aguardiente.

Huasteca potosina:
paludismo, zancudos y quinina.

Feria de la campiña:
dos indios, un machete y una riña.

Amor de mi terruño:
una señal, un beso y un rasguño.

Oh, tierra de mi abuelo:
es tu vino y tu pan mejor que el cielo.

CREPUSCULO A LA ORILLA DEL MAR

Bajo mis pies, las olas, a manera de abuelas
me cuentan viejos cuentos de inquietudes cristianas.
No sé qué angustia siento, oh mar, que no consuelas:
el corazón me sabe como las nueces vanas.

El mar es como un niño que necesita cuentos
para poder dormir.

Cuando el día me llegue contaré los momentos
como si fueran cuentos
y me reiré al morir.

La angustia de las olas se me adentra y me pierde.
En el confín inmenso se perfila y destaca
el faro pertinaz, y silencioso y verde,
rumia "la tarde amiga" como rumia una vaca.

Siento ansias de gritar.
Un buque a la distancia se pierde entre la bruma,
y a lo lejos, desnudo, bañándose de espuma
el sol se va pensando por la orilla del mar.

¿QUIEN?

¿Quién será, Señor mío, la que llegue?

¿Vendrá la novia rubia?

¿Tal vez será morena?

No importa cómo sea; Blanca Nieves,
Margarita Gautier o Magdalena,
de noche o en una tarde; pero que sea buena.

Pero que llegue al fin, que no se enrede
en el virtuoso afán de tus arcanos.

Señor, que venga pronto y se me quede
dormida en el silencio de mis manos.

AL OLEO

El río,
sueño de un dios malabarista,
siente un escalofrío:
El sol se pone abrigo de amatista,
y en una borrachera estridentista
las ranas le saludan del bohío.

El poniente improvisa
pintas de seda con que cubre el río.
El río se deshoja
en un vuelo
de garzas que se clavan al cielo.

ECCE HOMO

El hombre es lobo humano que ya no aspira a nada;
que no quiere la gloria, ni el laurel ni la cruz.
El burdel es su Templo; su esperanza, la espada,
su premio el homicidio perenne de Jesús.

Ni mujeres ni hombres; sólo hay machos y hembras
que olvidaron ha tiempo sentir el corazón.
La dignidad humana se perdió con las siembras
de los hijos, en vientres, que estruja el charlestón.

Un hedor a prostíbulo se condensa en el mundo
entre un vaho de alcohol.
¡Purulenta oftalmía, vas como un vagabundo
con los ojos abyectos en la busca del sol!

Padre que siempre estás:
Si perdonaste al hombre, no lo perdones más.

LOS POEMAS ULTRAISTAS

1926

VIAJE DE ENSOÑACION

Hemos partido al fin. Principia el lloro.
Húndese el tren entre dolientes ayes
y la ciudad hermética de Valles
queda atrás como un trémolo sonoro.

El tren me va llevando de la mano.
Ya dejamos al claro Tamasopo
y llega una esperanza desde el llano
que entre la lana de mi poncho arropo.

De noche ya, la luna se me queda
cansada entre las manos, blanca, inerme,
y el tren se mete a Cárdenas, que duerme,
como un capullo de otomán y seda.

¡Oh, cruel velocidad! Entre infinitos
y remotos parajes verde y fresa,
mancilla el horizonte, la tristeza
del amarillo pueblo de Cerritos.

¡Extranjero, si un día, a la amada
tierra que nos alberga, presto llegas,
cómpranos claras tunas de Vanegas
y quesos con sabor a Corcovada!

Sigue el lloro del tren. La lejanía
se engalana de plácidos nopales
y entre el humo y el polvo y los zarzales,
con el alma tenaz, lenta y sombría,
mira el gañán pasar de punta a punta
la negra cauda del pequeño infierno.

¡Y en medio del desierto, asaz eterno,
medita en cosas frágiles la yunta!

De la llanura yerma, brota ilesa
el alma del milagro. Dos labriegos
vienen cuidando el agua de la presa,
y San Luis Potosí, vieja duquesa,
se arrulla cual se arrullan niños ciegos.

¡Oh ciudad potosina, que te pierdes
entre las risas de tus torres finas
y dientes de mujeres cristalinas
y un mar lejano de nopales verdes!

SEMANA SANTA EN LA ALAMEDA

Suenan en la alameda ruidos locos.
La serpiente se va de un lado a otro,
y hay un suave silencio, cuando un potro,
debajo de sus cascos prende focos.

Todos claman vendiendo mercancía.
¡Gritería de la chiquillería!
Piñatas y chamucos y madrinas
y el color de las tunas potosinas.

Y entre el moreno de la raza nuestra
y con aire superfluo de maestra
pasea, con un perro que respinga,
su salmón importado cada gringa.

En la acera de enfrente, como fresas,
con ojos amueblados de avaricia
(ni un Rector tiene entonces más pericia)
venden carne barata las francesas.

Chía, piña y aromática horchata:
un trago de agua por sonora plata.

Sopla el calor como si fuera fragua

y el perfume incitante de una enagua
viene a llenar de brillo nuestra fiesta.
Manos y piernas hacen sabia encuesta
del valor de las lindas mexicanas
y Ellas untan su seda en nuestras ganas.

La turba estudiantil, solo de matraca,
paga con níquel blanco a la "chinaca".

Manos de macho tocan piernas de hembras:
ningún tiempo mejor para las siembras.

Pasan los indios, blancos de calzones,
y comen cacahuates y melones
y en un holgorio azás parlamentario
y en las jícaras verdes del Uruapan,
se beben con amor el llano de Apan.

Fiestas, damas y amor: México invita.
Gritos que nos proponen todo en venta.
¡Oh borracha metrópoli que incita
como una novia de alcanfor y menta!

Y tú, novia, a pesar de estar marchita
ya nada te entristece ni te espanta;
siempre tu corazón ríe y se agita
como una fiesta de semana santa.

EL ELOGIO A LA MUJER MEXICANA

Mujer de este país siempre corsario,
quiero dejar entre tus dedos tersos,
por este canto casi proletario
el percal y abalorio de mis versos.

* * *

En tus ojos durmióse la infinita
inquietud de esta tierra que emborracha:
abrigaste por pobre, la Adelita,
por pobre y por amor, la Cucaracha.

* * *

Alucinante y hondo, entristecido,
muda desolación de soldaderas,
va de largo el desfile de tu olvido
y el verde máguéyal de tus ojeras.

* * *

Tienes en la mirada, la mangana
con que lazas la frente de tus novios:
la noche de la patria mexicana.

Y tienes en las manos rezanderas
el viernes de dolores, Santa Anita...
¡Y cuántas de nuestras borracheras!

Y tienes en tus senos mexicanos
los temblores de la capital...
¡y todo nuestro Código Penal!

Y es rival de la crema de Toluca
la blanca mantequilla de tu nuca.

Y en las caderas tienes, oro y plata,
las curvas del camino de Maltrata.

Y es aroma cargado de lascivia
la democracia de tu carne tibia.

Muerde un peso al obrero el propietario.
Y en vista de la baja del salario
nos decreta la huelga a sus antojos
el sindicato de tus besos rojos.

* * *

¡Oh, amiga de mi vida, virgen loca,
anhelo más que a tu alma, tus despojos,
y amo más que al Imperio de tu boca
al país petrolero de tus ojos.

Envío

En la sierra un crepúsculo se arde.
¡Qué tontería
no querer que se enferme el alma mía
oh, tarde,
si te pintas como una pulquería!

LOS POEMAS AL CAMPO

1927

DIAMANTINAS

Mañana de primavera
salte de ese matorral,
vamos hacia la ribera
por en medio del maizal.

Oliendo a guayaba ruda,
Mañana, vamos al río.
Negra duda, negra duda
vamos por el sembradío.

* * *

Tarde con sabor de fiesta
de molienda de cañal;
tarde que dormiste siesta
sobre el doliente breñal.

Vamos, tarde tempranera,
vamos por el caserío,
pasaremos por el río
para bañarnos en él.

Tarde, ¡qué sabor aquél
me ha quedado de la chica;

por mi corazón repica
su risa de oro y laurel.

Oliendo a matas de ruda
bajemos al caserío.
Negra duda, negra duda
hoy te he de ahogar en el río.

* * *

Noche campesina y buena
pareces una canción.
Llena tus alforjas, llena
de mieles mi corazón.

El aire se desafina
con ganas de sollozar.
¡Noche buena y campesina!
¡Noche que me has de llorar!

HIMNO AL CAMPO

La culebra
se quiebra
arista por arista
como pintura cubista.

¡Oh, sapo asqueroso, brutal y panzón!
Estúpido sapo de ran ran, rón rón:
Eres el cerebro de Napoleón.

Gallo del gallinero, canta, canta,
canta hasta lo infinito;
cantar no es un delito:
tu cantar largamente en el campo se amamanta.

La parvada de tordos despedaza la tarde
en línea de tiradores.

Los loros, granizada de flores,
con gorros de suavos,
napoleónicamente (me refiero al Tercero)
asaltan los maizales.
Y los honderos convierten la milpa
en un nuevo cinco de mayo.

En ocasión, cual lentos sacerdotes,
pasa la procesión de zopilotes
quemándose de negros.

El cielo es la gallina;
gallina campesina.

Sólo de noche pone su multitud de huevos,
huevos como de luz.

Pero es una gallina cual no se ve ninguna.

A veces es gallina y a veces avestruz:
avestruz cuando pone como un huevo la luna.

IMPRECACION AL CAMPO

Nunca fuiste sino una pradera sin límites y sin fuerzas;
dormido en la quietud estúpida
de tu verde uniforme
y asoleado por el rayo
sempiterno y único
de un sol indiferente, ardoroso y sensual,
no has conocido ¡oh, campo!,
las energías prepotentes de las grandes ciudades.

Yo te maldigo, ¡oh, visión de poetas que no te
[conocieron!,
de los que jamás llegaron a vivírte
y nunca se acercaron a las áridas horas que se pasan
iguales, monótonas y tercas.

¡Oh, campo, cuya quietud maldita,
cuyo éxtasis constante
y cuyos árboles hidrófobos y virulentos
entre las carcajadas de las tempestades
das sólo la vorágine de ausencia!

Qué sabes tú de los ruidos sonoros
de las fábricas inconmensurables,

de los episodios crueles
y de las tragedias olvidadas.

A tu quietud mediocre
jamás llegó el anhelo
que hace llorar al hombre.

Tu paz es una paz criminal y abyecta
que en los momentos de angustia y desesperanza
se tiende más infinita y terca sobre el verdor
de tus límites incommovibles.

Ignoras las luchas heroicas,
los sacrificios cruentos,
las risas histéricas
y las lágrimas duras que calcinan.

Ignoras esas luchas secretas, profundas
y largas
que la vida
enfrenta a la miseria.

Y mientras que en tu retiro de convento,
en tu quietud porfiada,
mientras que tú ¡oh, campo!, te eternizas
en el mismo verde sin nombre,
no muy lejos de ti,
convulsas y trágicas, pasan en caravanas,
las Babilonias armoniosas.

Se agitan como llamas las banderas;
las urbes sollozan y se tuercen
espasmódicamente
con un ritmo férreo y lejano
hundiendo los crepúsculos
y despertando las noches immaculadas
y las auroras roncadas.

En ti he vivido, ¡oh, campo!,
y en este corazón reboza el odio
y el rencor maldiciente
contra la paz mentida
que dicen que tú produces.

Sólo te debo desesperaciones
y anhelos de partida
y esperanzas irrealizadas.

He visto las maravillosas vacas
que dan el fruto blanco que se convierte en vida;
he visto que los toros sementales
realizan el prodigio de la naturaleza
y se perpetúan en las crías de hocico tierno y dulce;
he visto que los bueyes aradores
abren con lentitud pagana
el seno de la tierra silenciosa,
la enigmática entraña del cándido terruño;
he oído todas tus aves, ¡oh, campo!,
a todas horas,
envueltas en la niebla de la mañana núbil,
y empapadas de luna bajo los ramajes;
he visto las bandadas
de loros en las milpas;
he oído los ladridos
de los perros guardianes de los ranchos,
y no he sentido nunca ningún amor por ti.

Sólo das la impresión de tu soledad,
de tu abandono
y de la lejanía en que ruge
la civilización moderna
y el dolor de los hombres.

Yo he comprendido, ¡oh, campo!,

que los que nos nutrimos de civilización
de hierro,
ios que besamos muchas mujeres y no amamos
[a ninguna,
los que oímos el aplastante caminar
de veinte mil carros en marcha,
los que hemos saludado pletóricos de entusiasmo
las grandes orgías y el silencio de las catedrales,
sacudidos por el salvajismo de los tambores
y la tragedia homérica de los clarines,
los que sentimos los trenes en marcha
hiriendo las montañas desoladas,
los que hemos llorado con el lloro del tren
que va a lo lejos,
los que hemos contemplado de los buques
el adiós del pañuelo
fundido con la hélice de acero,
todos esos, ¡oh, campo!, no podemos amarte.

Te detesto porque mi organismo
lo dominaron las pasiones violentas
levantadas al calor de muchas banderas
y gritos desgarradores;
porque en ti sólo he encontrado
la brutal indiferencia
por los ensordecedores espasmos
que vienen de las ciudades en lucha,
de las ciudades dogmáticas,
de las ciudades crueles y brutales a fuerza de dolores,
de las ciudades crueles
empapadas de oro y de vicios y de hembras
de grandes caderas y senos rebosantes,
pletóricos, profundos y callados.

LOS SONETOS

1926

CRISTO MODERNO

Al Lic. Antero Morales

Detrás del horizonte, lumbre roja,
se dibujó con énfasis la luna.
Vio su retrato infiel en la laguna
como una engañadora paradoja.

Vino el Cristo gallardo, duro y fuerte,
lleno de gloria y de fulgor divino
y preguntéle asaz y repentino:
“¿El amor es más fuerte que la muerte?”

Su mirada entre alegre y entre amarga
de burla y de sarcasmo, se hizo larga
en un prodigio de reír no visto.

Y rompió a carcajear de suerte extraña
y retumbó sonora en la montaña
la carcajada homérica del Cristo.

EL ULTIMO MADRIGAL

El crepúsculo, pinto como un tigre,
se arrastró por el llano hasta su boca
en una exhalación humana y libre.
Yo la miré con éxtasis que toca.

Carne, dulzura y paz. Tibia y desnuda
dormía sobre el lomo pendenciero
de la pródiga loma que trasuda.
Obscurecía ya por el sendero.

Y en tanto que una estrella, su linterna
prendía en el azul, y noche tierna
venía bostezando en lontananza,

no pudiendo matar mi vano acceso,
dejé caer sobre su seno un beso
como una piedra sobre el agua mansa.

CALOR

Esta tarde se ha puesto colorete:
Coqueta como el todo femenino
se estiró con tal gracia de felino
que el cielo se hizo un rubio mozalbete.

Burdo y caliente se antojaba el clima.
Invitaba el calor, con mueca sabia,
a morder impaciente hasta la rabia
una boca morena, pero opima.

Tal vez la tarde comprendió mi pena
y como una mujer amante y buena
se me tendió desnuda en el camino.

Peinaba una india su cabello hirsuto
y un solitario pájaro de luto
sobre el lomo de un buey lanzaba un trino.

ANGUSTIA

La noche de bullicio era difunta.
Todo su cuerpo blanco, todo blanco,
toda la curva heroica de su flanco
me turbaban cual trémula pregunta.

Ella se me enroscaba, me crecía
como una enredadera por el alma.
Ella era todo amor, yo todo calma.
¡Y la noche tan sola que dormía!

Cómo anhelaba entonces que viniera
algún "suave milagro", Cristo o Buda,
y me arrancara aquella enredadera.

Pero triunfó la carne, y la alameda
viéndonos con recatos y con duda,
¡se echó a soñar con toda la arboleda!

CAMPESTRE

¡Cuánta muchacha bonita,
cuánta naranja madura,
cuánto limón en el suelo,
cuánto te quiero amor mío!

¡Cuánta luna en el tejado,
cuánto silencio en el campo,
cuántas risas en tu boca,
cuánto te quiero amor mío!

En el río, cuántos lloros,
qué platanal tan callado.
Cuántos pájaros dormidos.

Cuántas noches, cuántas noches
soñé con esas naranjas,
pensé en aquellos limones.

BIBLIOTECA

*A la Biblioteca de la Escuela
Nacional Preparatoria, por el año
de 1919.*

Vetusta Biblioteca, ya cuelgan telarañas
en tus rincones sucios y en tu bóveda inmensa.
De esquina a esquina a veces tristísimas arañas
con largas patas negras caminan piensa y piensa.

Los libros son esfinges que ninguno interroga.
En sus polvosas pastas el silencio dormita,
y en todas esas tardes cuando la luz se ahoga
se siente en sus estantes una paz infinita.

Las mesas y los bancos tienen tedios amargos;
se aburren en aquellos corredores tan largos
tan dolientes y solos que están petrificados.

Sólo de cuando en cuando solitario estudiante
de revueltos cabellos y pálido semblante
llega a pedir, temblando de amor, libros sagrados.

(1919)

NOCHE ROMANTICA

Nos sentamos cansados junto a un charco de plata;
miramos las estrellas bajo el agua de ensueño,
y muy abajo, al fondo, y a manera de sueño
la luna, que es sabrosa como un vaso de horchata.

Cogí con las dos manos agua clara y dormida
y la llevé a sus labios como llevar mi vida
para calmar su sed. ¡Qué de mundos arcanos
llenaron aquella agua que estaba entre mis manos!

Puso sus labios rojos sobre el agua clemente,
y así por largo rato, deliciosa, sonriente,
se fue bebiendo un cielo poblado de centellas.

Y yo miraba atento, con regocijos vanos,
cómo al beber el agua que le daban mis manos,
Ella se iba bebiendo la luna y las estrellas.

VIEJO INDIO

Indio que tarde a tarde miras un mar de plomo
bañarse en el crepúsculo: no mires las distancias
con ese gran anhelo que ya te encorva el lomo.
No te bebas la vida con esas grandes ansias.

No mires que eso embriaga; no mires que eso enerva;
mira más a su vida, pues que ya estás borracho
de mirar lejanías; acuéstate en la yerba
y olvida los crepúsculos y duerme cual muchacho.

Yo he sentido unas ganas tenaces e infinitas
de entrar por tus pupilas pasmadas y marchitas
y ver una por una de tu alma las estancias;

saber por qué has estado con dramático anhelo
como angustiado o yerto, como clavado al suelo,
toda tu larga vida mirando las distancias.

SOÑANDO EN TREN

La tarde estaba roja de crepúsculo.
El tren iba veloz, y su silbido
era tan largo y triste y tan monótono
que arrastraba a pensar en un olvido.

No vi tarde mejor, ni más sencilla
que esta tarde en que un indio calzón blanco,
inmóvil cual el árbol de un barranco
dio al paisaje su inmóvil maravilla.

El tren corría tras la tarde de oro.
Y a la distancia el eco de su lloro
diluía en la siembra de las cañas.

Cayó el sol como un dulce lenitivo.
Nacía sobre el llano sensitivo
el estupor azul de las montañas.

CANCION

Tu voz es débil como tierna pluma.
No sé por qué al hablar un raro idioma
que no es sonido, sino dulce aroma,
se siente que es más frágil que la espuma.

¿No has ido hacia los montes? Los caminos
llenos están de trinos y de aromas.
Ve pues a los senderos; las palomas
te sabrán embriagar como los vinos.

¿Por qué tu boca me llenó de aromas?
No sé qué tiene tu precoz idioma
que exhala aromas y que ríe en trinos.

Tal vez por eso cuando clara asoma
tu palabra, que arrulla cual paloma,
tu boca me recuerda los caminos:

HOLOCAUSTO

La luna, arriba, como dulce crema.
Nuestras manos, cruzadas; nuestros besos
iguales a plegarias. Embelesos
del paisaje. Y un buey que es un poema.

Las urracas se peinan. Los sabinos
saludan al estilo de los Luises
y para un largo viaje, como Ulises,
pasa un bote en el río tras los pinos.

Memorable silencio desconcierta
la paz de nuestro amor. ¡Alerta, alerta!
me grita el corazón... Beso tus risas.

Arde la hoguera que prendimos antes
y vuelan temblorosas por instantes,
las cenizas primeras... tus cenizas.

PRIMAVERA

A Gonzalo E. de León

Nos fuimos caminando a campo abierto
con ansia de beber la primavera
a sorbos. Su ondulante cabellera
era una noche sobre un mar desierto.

Quise hablar de mi amor, mas tuve miedo.
Llenóse el sol de suavidad y calma
y tal vez para dar más tiempo al alma,
íbamos quedo, sumamente quedo.

Nació la tarde fresca, sin rumores.
Ella en tanto cortaba muchas flores
de aquel campo oloroso, tierno y sano.

Yo le hablé de mi amor; me oyó sonriente...
Y así fue como entonces, lentamente
se arrodilló la tarde sobre el llano.

LOS POEMAS DISPERSOS

1946

SINFONIA

Con el torso desnudo me inclino ante el impacto
de tus ojos de sombra. Te reconozco al tacto
como la tierra antigua que aprisiona y arrulla.
Mi sangre es centinela que vigila y patrulla.

Pongo mis labios toscos sobre tu seno intacto.
Tu ardiente carne ahumada se ensombrece al contacto
de mi lasciva carne que se pierde en la tuya.
¡La selva se hace ronca de gritar aleluya!

Por el camino inversa, la noche se hace día,
y canta entre la aurora su inmortal sinfonía
y es lira y es arpeggio y es vida y poesía.

EL POEMA A LA MADRE

I

NOCHE Y ALBORADA

Como semilla blanca germinada en incienso
salí a tu superficie doliente, Madre mía.
Primero fui en tu carne como un punto de sangre
que se coagula al aire.
Pero antes sólo era la aspiración de un beso
que diste en una noche de amor y lozanía
para que yo naciera al dolor, Madre mía.

*

* *

Crisálida en la sombra, vine del infinito
sin saberte ni amarte;
y fui noche y misterio y palpitante grito
que se clava en lo alto como un rojo estandarte.

Me sentiste capullo,
me deseaste rosa.

Como raíces broncas fui creciendo en extraña

bifurcación de sendas,
hasta que al fin un día me fugué de tu entraña.

II

MEDIODÍA

Más tarde tus ensueños crecieron enraizados
sobre mí, que era tierra labrada por tus manos.
Y en la cuna era verso,
hasta que tú me hiciste,
en tu infinito afán,
Madre mía tan triste.

*

* *

Alguien a mí también me robó de improviso
mis primaveras todas.
Me quedé en el silencio escuchando la tierra
con el oído puesto sobre el hombro del viento.

Estaba solo ahora; terriblemente solo.
Solo sin un camino por donde al fin buscarte.
Era el verde silencio de tus ojos de campo.
Y se adentró el silencio de las selvas inmensas
para hacer mi silencio.

*

* *

Y yo que no he creído en religión alguna
me puse de rodillas para ungirte y amarte
y el corazón besarte
como nunca otro hijo besó a madre ninguna.

¡ el corazón divino que palpitaba en lloro
se hizo ofrenda de sangre y de dolor sonoro.

III

CREPUSCULO

Nuestros ojos, un día,
oh, dulce Madre mía,
se cerrarán por siempre sin poderlo evitar.
¿Me tocará la suerte desgarradora y dura
de cerrarte los tuyos en la trágica hora?
Madre mía tan pura,
Madre mía Dolora,
sólo pido al destino que seas tú primero
quien cierre para siempre mis ojos, que son tuyos;
que seas tú la ungida,
(que me supiste alado antes de yo nacer)
la que cumpla el mandato.
¡Tú tienes fortaleza de madre y de mujer!

LA CANCION DEL CREYENTE

Si yo fuese creyente, diría:

“Señor,

permítenos soñar de cuando en cuando.

Que la lumbre de dentro se salga como antorcha
prendida entre las sombras y nos haga soñar.

“Si es pecado soñar. ¡qué pecador he sido!

“Si la gloria se pierde por el pecado ése,
¡qué me importa la gloria!

“Señor, si como el hombre, Tú pudieras soñar,
Tú soñarías”.

“Señor, si como el hombre, Tú pudieras cantar,
Tú cantarías”.

“Señor, si como el hombre, pudieras escribir,
Tú escribirías;
y si poeta,
harías poesía”.

¡SOLO ASI!

Y el romance termina y a dibujar me pongo
mi silueta interior.

¿Soy digno acaso, ahora, de verme en prisma mágico,
en auto rayos equis?

Es el retrato mío, parecido al de todos:
cuarenta y cinco años de buscar a la gloria;
cuarenta y cinco años de fracasar, Señora.

Cada ilusión dorada se quemó en el paisaje,
y vuelta a verdecer y a requemarse siempre
y a verdecer de nuevo, porque es mi sino pleno:
cada vez que se queman
los ensueños primeros
que nazcan los postreros.

Y no serán los últimos, sino hasta el día aciago
en que la tierra verde me cubra con el mago
silencio de su abrazo
y sobre mí dormiten los árboles y el lago.

¡Sólo así mis ensueños se quedarán inmóviles!

CANTO A LA TIERRA

Y OTROS POEMAS

*Al ilustre maestro
Don Erasmo Castellanos Quinto*

POEMA A LA TIERRA

I

Fuiste una estrella y te apagaste un día,
y al apagarte al fin, naciste, ¡oh Tierra!,
como un inmenso corazón del día.

Luego te hiciste mar, clamor y espuma
y te envolviste el torso con el viento.

Después te hiciste amor, dolor y trueno;
verdor abajo y primerizo lampo
suspenso en el espacio, vuelto lluvia.
Así nacieron juntos, el sereno
corazón de los árboles y el campo.

Entre el dolor del fruto y del retoño
eterno y peregrino,
pusiste un nido, porque así el otoño
naciera al alba con sabor de trino.

Sobre tu lomo impar, paseó el rebaño
su pesadumbre nómada y sin tino,
y te perdiste, ¡oh Tierra!, en el camino
de tu propia hermosura sin engaño.

Cuando los seres “fueron”, tú quisiste
convertirte en palabra y pensamiento.
Entonces fue que de tu amor contrito,
sin látigo y sin freno
vino andando en dos pies, el infinito.

En la distancia audaz, sonaba el trueno.
¡Ah, si pudiera coronar tu frente
con el laurel helénico, entonara
un himno a tu virtud, oh Tierra ardiente,
generadora fiel, augusta y clara!

INTERMEDIO BREVE

Cuando la muerte supo que tenía
(el hombre ya sabía)
que acabar a su vez en un momento
con la voz musical de la criatura;
cuando mató la muerte al pensamiento,
tuvo la muerte su hora de amargura.

II

Brindo por tí ¡oh madre de los hombres!,
y a ti mi canto reverente elevo.

Tierra veraz que hasta la vista pierde
de verse azul en la lejana bruma;
Tierra que en la arboleda se hace pluma
y en la orilla del mar, murmullo verde.

Tierra en la flor, en el perfume alado,
en el dogma, en la cruz y en el pecado;
tierra en el corazón que ha sollozado
y en el beso de amor, polvo besado.

Tierra capaz de convertirse en Cristo,
en Adán, en Quijote y en milagro,
en canto y redención, a Ti consagro
mi poema de amor, tierra que labro
con el arado azul del pensamiento
que echo a volar porque la tierra vuela.

Cómo resuena el corazón y duele...

Esa es la poesía,
Vida mía.

Más alta
mientras más exalta
la propia hondura.
Fuego que no consume lo que inflama.
Cierta y pura:
cierta como la fruta que madura,
pura como el aliento de la llama.

Esa es la poesía,
¡soledad en la cumbre, Vida mía...!

Parásito del sol, el hombre quiere
ser más que el sol, y que la tierra misma:
ala que sin rüido lo conduzca
hasta la selva de astros, donde abisma
la salobre piedad del infinito.

¡El hombre es ala, firmamento y grito...!

(1949)

EN TI ENCUENTRO CONSUELO
AMADA MIA

A Soco

Gracias señora, que tu amor me has dado
con el más puro aliento perfumado:
beso tus trenzas con amor pagano
y con divino amor, beso tu mano.

En tu pecho redondo y delicado
la alondra se hace viento, y la palabra
se deshace en susurros y gemidos;
la palabra no suena, pero labra,
la alondra no se escucha, pero canta.
y vuelve la cosecha de los nidos.

Tal en tus ojos se me envuelve a veces
la frágil oración de la ternura
que convida a donar, cariño y mieses
y hacerse nube por tener albura.

Tal en tus manos se apacienta y brilla
la suave claridad de la distancia
que se queda pensando en la fragancia
y en lo trémulo y fino de la arcilla.

Así tu labio se remoja lento
de rocío, de lluvia y primavera
y se inflama en el ruido de la hoguera
y en la pasión indómita del viento.

Amada de mi ensueño, ya es la hora
en que la alondra anuncia la partida
callada como el vuelo de la alondra;
ya se eleva mi sangre enmudecida
en busca de la lágrima y la sombra,
¡oh salmo de la muerte y de la vida!

CLARO DE LUNA

A Beethoven

Con la misma dulzura milenaria
que ponían los griegos
para fundir el arte con la vida,
ruedan las notas trágicas
de tu Claro de Luna.

Así como Praxíteles
imponía en el mármol
indemne diapasón de mar ignoto,
así tus notas mágicas, reflejan
la dulzura inmanente de tu lira,
¡oh padre celestial de la armonía!

Ruedan tus notas tristes de alegría
y se acongojan sollozando a solas,
a solas con tu genio y el silencio;
todo el dolor pensado de tus ansias
sitia la transparencia de la pena
y la arrulla y la duerme y la quebranta,
y la nota es la miel que se levanta
y circula fugaz por las arterias
y es el trino que canta.

Cada nota que suena
es una vena
que sangra y que amamanta.
Cada nota que llora, es tan cierta
que es posible tomarla
y retenerla presa
en la límpida palma de la mano;
puede apuñarse y retenerse horas
para que esté sonando, aunque no suene:
pueden besarse notas que han nacido
en el enjambre de las teclas roncadas
y en la sangre agorera del olvido.

II

Viene andando el dolor. La sinfonía
se arrodilla enjugándose las lágrimas.

¿Es Adán que acaricia la dormida
palpitación de seres escondida
en los ardientes labios de la vida?

¡Oh viejo paraíso del Eufrates
que perfumaste el ansia de la especie
al saborear la fruta prohibida!

—¡Oh viejo padre nuestro!, ¿qué te dieron
para perder el paraíso eterno?

Si tú eras inmortal,

—¡Una mujer desnuda, que valía
mucho más que el Edén y que la muerte!

¿qué te dieron a cambio de tu suerte?

III

Viene andando la música. La duda
se recuesta en las faldas de la noche.

¿Es el Hijo del Hombre que venera
los pies descalzos y el cayado rudo?
¿Es Jesús flagelado en primavera
que pende de la cruz, pobre y desnudo?
¿Es el Hijo del Hombre que reclama
el sacrificio de la carne toda?
¿Es el Hijo del Hombre que consume
hasta la hiel el cáliz de tristura
y se convierte en viento y en perfume
y en holocausto eterno de amargura?
¿Es el beso de Cristo, sobre el puño
que hiera la mejilla diamantina
y se convierte en flor, luz y terruño
y por amar a tantos, se calcina?

IV

Rueda austera la música. La vida
se detiene escuchando al pensamiento.

¿Es el peán que vuelve?
¿Es el mar que se agita con mil naves
encrespadas de lonas,
de glorias, de heroísmos, de alaridos
que reclaman a Helena?

¿Es Aquiles en marcha, con la entera
conciencia de su muerte y sacrificio?
¿Es la Grecia divina que renace
de sus viejas cenizas inefables?
¿Es Homero que canta?
¿Es Píndaro que estalla?
¿Es Esquilo que grita
con la melena hirsuta hecha jirones?

¡Es el peán que vuelve!
Es el peán de nuevo, que convoca
a los griegos indómitos a lucha;
es la risa que escucha
la sonora dolencia de la boca.

Es así como besas en la herida
y es así como sientes que eres justo
y tomas a la vida
a grandes sorbos de silencio agosto.

V

Convalecencia de la noche laica
se entumece de bien y de caricia;
una nube se embarca en una nota
y en la encantada comba del espacio
se transforma en ofrenda y en delicia.

Desgarra el corazón la paz ignota
que emerge del silencio.
¡La gloria es sinfonía!
Y en lo profundo del sentir inmenso
de la sangre remota,
se queda para siempre, eternamente,
la tristeza inmortal de tu alegría.

(1949)

COSECHA

Todo el maíz que tengo te daría
con tal de que vinieras para verte.
Si llegaras al campo, Dulce mía,
nunca el dolor ya volverá a dolerte.

Si regresas al campo, Vida mía,
mi amor será en tus manos mi alcancía
y amarás mi ganado y su alegría.

Y sembrarás tu amor y tu sonrisa
tras el arado que abre mi terruño
y crecerá el amor entre la brisa
y el beso y la caricia y el rasguño.

Y sembrarás tu amor en las entrañas
de mi viejo terruño, dulce y manso
y verás cómo llueve en las mañanas
y cómo es el descanso en el descanso.

Y vendrá la cosecha, la vendimia
del amor que sembramos sin alquimia.
Cosecharás amor: amor sembrado
con la fe, con el ansia y la congoja
del tronco, de la rama y de la hoja.

Cosechar el amor, amor, ¡oh Vida!,
amor que se ha sembrado; que persiste
por haberlo sembrado y que convida
como una yunta que se duerme triste.

EL ANTROPHOS

Cubríase con hojas de la yerba de parra
y dormía en acecho.

Velludo, huraño, estoico.

El árbol fue su amigo, su casa y su vestido;
el río fue el conducto por donde al fin subió.

Con el pecho y las piernas y los brazos velludos
fue trepando a la altura por el río sonoro.

Hizo al fuego su esclavo y le rompió la llama
para hacerla tizón y conservar el fuego
para subir por él.

Los ríos y la llama, la selva y la llanura:
del paraíso arcaico a la gran Nueva York.

Y su tercer camino salió del hombre mismo
y se llamó palabra. Así venció al abismo.

Los tres caminos eran: el río, la palabra
y el fuego sin la llama.

El Antrophos surgía de los senderos esos.

El edén de la Biblia le comenzó a estorbar.

El edén era incuria, el edén era hastío.
Con alargar la mano y desprender el fruto
tenía para holgar.

Esfuerzo y lucha ruda, descontento y afán:
Tal era el sino trágico de la última bestia
que cruzaba la Tierra.
Así fundó su clan.

Salvaje, rudo, hosco; terrible por sus músculos,
brutal en la quijada de indomable fiereza,
hirsuto, brusco, fiero cual la misma palabra
que mordía la lengua, como quien hierro fragua.

El sol que era de fuego, fue su Dios primitivo.
El fuego es hoy su Dios.

El río milenario lo condujo hasta Egipto.
El fuego aprisionado lo trajo a Nueva York.
¿Mañana, la palabra, lo llevará a Moscú?

¡Oh, Antrophos divino: sólo el destino sabe
lo que no sabes tú!

MADRIGAL

Hay una realidad que se esconde y resume
en la penumbra enferma de aquellos que se han ido:
todo hombre es un anhelo, todo anhelo un perfume,
toda existencia un beso, y todo beso un olvido.

Hay una realidad amarga y escondida
y hay que decirla, Vida, antes de que te esfumes.

El hombre y el perfume; el olvido y el beso.
¿Oh santa Madre Tierra, si no eres otra cosa
que el hombre y el perfume y el primer embeleso
y el afán del capullo de convertirse en rosa!

VIEJA ANGSTIA

Ya se vislumbra el fin, presiento el lazo
que ha de envolver mi adiós. La primavera
se despide de mí con un abrazo
tierno y fugaz como la vida entera.

Hay algo que me dice: espera, espera,
y hay algo que me grita: no hagas caso.
Prepara al corazón y a la primera
señal de la llamada, emprende el paso.

Suave olor a simiente verdecida
perfuma los dolores de la vida
que se dio y que se va sin ofenderte.

Suave dolor que viene en la fragancia
de los dones que dieron, con el ansia
de conocer la vida sin la muerte.

POEMA A LA AMADA

POEMA A LA AMADA

I

Toma el ardiente brazo de tu amada
y bésalo.
No dejes que la histeria te arrebate la dicha.
En el rincón obscuro de la muerte
no encontrarás el pétalo.

Toma el cabello negro de la amada,
acarícialo y bésalo.
Toma la dicha y bésala, toma la vida y bésala.
¡Y goza de la vida en esta vida única!
Te dieron el milagro de la vista,
del oído, del tacto, de la risa
para que así pudieras
gozar de la existencia.

Conoce de la amada
la blancura lactante de su cuello,
la ardiente ramazón de su cabello,
el sabor de sus manos intranquilas,
y sobre el campo todo, iluminándolo,
la madrugada azul de sus pupilas.

Que no te engañe nadie con la promesa vana
de la gloria futura:
la gloria es esta vida.

Sin ojos, sin oídos, sin nervios sensitivos
nunca podrán herirte.
No temas al castigo:
si Dios es todo amor, amargo y triste,
no puede herir al hijo.

Por eso tienes boca,
para gozar la boca de la amada;
por eso tienes ojos,
para gozar los ojos de la amada;
por eso tienes manos,
para tocar las manos y los hombros
¡oh, los hombros desnudos!,
de la amada desnuda.

Hazla tuya, hijo mío, y en la muda
desolación interna
quema tu vida entera, quémala sin temores
que la tierra y la noche te cubrirán de flores.

Sobre su casto seno y sólo tuyo
conviértete en arrullo:
y haz que el arrullo duerma
sobre su boca indemne
y desgarrar su entraña con la euforia
de tu amor, de tu vida y de tu gloria.

¡Y así podrás sin miedo
cabalgar sobre el lomo redondo de la muerte!

II

Hinca las dos rodillas; toma un puño de tierra
y bésalo:

tu eres tierra que piensa,
un pedazo de tierra que camina.
Si oyes en la espesura de la sierra
un pájaro que trina,
es la tierra que vuela,
si oyes en la garganta
del mar, el alarido,
es la tierra que canta;
la clara luz divina
es la tierra que esplende y que ilumina.
La misma sombra, acaso, sin saberlo,
es la tierra que sueña.

Ama a la dulce tierra:
tus ojos, tus oídos, tu pensamiento mismo
es lodo del abismo:

Desde los pies descalzos
hasta el rubio pelambre del cerebro
eres tierra que piensa,
¡sólo tierra que piensa! ¡Sólo tierra!

Las manos blancas, puras de la amada
son sólo tierra blanca que acaricia;
los cabellos sombríos de la amada
son sólo tierra negra que dormita;
los hombros y los senos y los brazos
de la amada que muere,
sólo son tierra roja que palpita,
que palpita y desea,
que incendia, que enloquece y que rodea.

Toma la ardiente boca de tu amada
y bésala.
Hazla tuya Hijo mío, hazla tuya:
ama, besa y arrulla.
Ya llegará el momento en que la vida
se convierta en dormida
y silenciosa imagen del silencio.

III

Deja gozarte ahora, amada mía;
deja gozarte toda, con la entera
y trágica pasión de mis amores;
tu carne se haga hoguera
y su fuego ululante me consuma.
Sobre tu cuerpo blanco cual palabra
vertiré con amor todos los dones
de la tierra inmortal que me consagra.

Deja gozarte ahora toda entera,
que al fin los dos sabemos
que tras la puerta inmensa de la muerte
sólo estará esperándonos la tierra.

¡Así tras la llanura está la sierra!

Envío

Cuando entierren tu cuerpo, amada mía,
oh, pálida ambrosía,
sus alas plegará mi poesía:
destrozaré las cuerdas de la lira
y arrojaré las cuerdas contra el viento;
haré pedazos con las manos curvas

la canción de la vida
hasta arrancar el corazón profético
de la noche pretérita y nacida.

NOCHE EN EL TRAPICHE

A mi hermano Arturo, como recuerdo

Era un vasto calor, tal vez por eso
el color de su cuerpo era cambujo.
Un ardiente deseo me condujo
a probar por exótico su beso.

No sentí de su carne el embeleso,
sino un ardor clarividente y brujo
que traicionó la alquimia del embrujo
y la sintaxis de sentirme preso.

Un trapiche de palo estaba cerca
dándose palos con crujiente y terca
obstinación de tonto y de metiche.

Sacé al cansancio mi deseo impuro
y oí que como un sátiro perjuro
se carcajeaba a palos el trapiche.

LLUVIA EN OTOÑO

LOS POEMAS RELIGIOSOS

OFERTORIO

A Jehová, por haber creado al hombre
a su imagen doliente y semejanza;
por haber otorgado el pensamiento
a su débil criatura,
haciendo así posible
que un día no lejano
pueda tener, asidos de la mano,
el Universo entero y la esperanza.

1963

LA INFINITA SOLEDAD

Estabas Tú crucificado en lo alto.
La luz hería tu carne entumecida,
núbil y mansa como fue tu vida.

Me fui acercando hasta la cruz. Creía
sobre tu cuerpo inerte y flagelado.
Tu dulce faz hermosa, sonreía
ante lo azul de mi estupor helado.

Cálida y mansa, como Tú querías
la sangre iba saliendo del costado
lentamente sin odios, ni cuidado,
ni lágrimas, ni gritos, ni porfías.

Iba la tarde caminando a solas.
Y allá a lo lejos, donde está la muerte,
una tristeza amarga de las olas
venía silenciosa a conocerte.

Temblando me acerqué; quería tenerte
los leves pies que caminaron tanto,
más no pude tenerlos, porque el llanto
volvió prodigio la ilusión de verte.

Puse mis labios sobre el pie aterido
y largamente los dejé besando.
Los pies sintieron la caricia leve
y al rostro puro de perfume y nieve
llegó mi beso y se quedó dormido.

Vi que la cruz estaba sollozando.
Y una lágrima sola, como lluvia,
cayó toda rubor sobre mi mano.
Alcé los ojos a mirar; la rubia
cabellera flotaba contra el viento
cubriendo el dombo del azul lejano.

Y una piedad doliente, se levantaba
desde el más profundo
valle de la pasión y tu victoria
bañó con suave claridad hermosa
mi negro abismo de negar tu gloria.

Un pájaro cantaba desde el huerto.
Una lanza te hirió para ofenderte.
Tú quisiste al pobre y me quisiste.
Y así sobre la escoria
del polvo y del dolor, vino la muerte
a postrarse a tus pies callada y triste.

No lo entiendo Señor, ¿por qué las liras
no rompieron sus cuerdas contra el viento?
¿Por qué no alzaban los profetas, piras,
para quemar entero el firmamento?

Era como una ofrenda tu agonía.
Tal vez por eso
con cándida porfía
dejé sobre tus plantas aquel beso.

Luego vino el milagro. En la divina
soledad de la noche misteriosa
en cada arteria te sangró una espina
y en cada herida te brotó una rosa.

1963

LA ORACION DE MARIA MAGDALENA

Gracias Dios mío, por haberme amado.
¡Gracias Dios mío, por haber tenido
inalterablemente
más allá de la duda y del olvido
mi amor arrodillado ante tus plantas,
y gracias por haberlo recibido!

1963

MARIA

Este pequeño madrigal es una ofrenda de un incrédulo a María, madre de Jesús, dos mil años después de haber recibido en sus manos el beso rendido de su Hijo; pero lo ofrezco ahora a una bella poetisa: Rosario Siliceo, que aún cree en María, en el alma y en Jesús.

Como el roatán de verde te tiñeron los ojos
María Dolorosa, fuente primera y rara,
venero de la Cruz.

Te vi descalza y pía, sollozando de hinojos,
recogida la trenza para que así quedara
rendida entre tus manos,
las manos que besaron los labios de Jesús.

¡Lleno de sangre estaba, María Dolorosa!
Regresaba sin mancha a tu regazo
de donde El salió,
y ahora para siempre.

Le arrancaste llorando la corona de espinas
poniéndola a tus pies.

De improviso tomaste de nuevo la corona
besando una por una las sangrientas espinas.
¡ Con cuánto amor besabas, María Dolorosa!
¿ Por qué María Dolora?
¿ Porque así renaciera su sangre que era tuya?
¡ Aleluya, aleluya!

Entonces recordaste, íntimamente fiel:
sólo tus manos fueron besadas por su boca,
nunca sus labios fueron buscando otro laurel.

Nadie más en la tierra, nadie más en el cielo
recibió semejante doloroso consuelo,
¡ semejante dolor!

1963

DESDE ENTONCES

Un ruseñor muy viejo, el que amó a Jesucristo,
el mismo que cantara en el huerto al dolor,
vino a verme una noche como un torvo proscrito,
a maldecir el día que conoció al Señor.

Con un desprecio amargo me condenó maldito.
Sólo porque era hombre me negaba la luz.
Me increpaba con odio: —¿Qué hiciste al Infinito
que has tenido clavado milenios en la cruz?

Desde entonces no puedo, nunca he vuelto a cantar.
¿Hasta cuándo has pensado tenerlo prisionero?
Y le repuse en calma: —No he podido arrancar

los clavos de su cruz; pero ponte a cantar
y El mismo bajará del sangriento madero.
¡Y el ruseñor se puso como un niño, a llorar!

24-1-64

POETA

A Esteban Nava Rodríguez.

Has de vivir tan solo, que has de vivir con miedo,
con miedo de que rían de las cosas que cantan
salidas de tu entraña, como si fueran hijos.

¡Oh, poeta divino, que te das al abismo
de perseguir la gloria tan dolorosamente!
Has de vivir tan solo, que un día no lejano
te llenarás de asombro al hallarte a ti mismo.
Tan solo habrás vivido, que gritarás de espanto
cuando por fin te encuentres mirándote en silencio.

Flagelado de burlas; incomprendido siempre;
venciendo a tu martirio,
tú mismo has de clavarte todos los clavos hondos
en tu sangre oprimida y has de clavarte artera
la corona de espinas sobre tu frente invicta,
sobre tu vida toda, sobre tu vida entera.

Con tu dolor enhiesto has de amasar tus versos.
Nunca un verso se fragua si no lleva una lágrima,
una protesta, un grito,
un pedazo de cielo y un lampo de infinito.

Ese es tu sino trágico, Creador de poesías.
¡Arcángel del ensueño que a diario crucifican!
¡Rey de burlas! ¡Mesías!

1964

ELEGIA A LA MUERTE DE UN POETA

(Antonio Gómez Flores)

Ya la muerte ha cerrado a tus viejos oídos,
y a tus ojos también.
Eres dueño del viento de todos los olvidos.
Por fin, como querías, has entrado al Edén.

Ya sabes que el silencio es la respuesta a todo.
La tierra ha recibido tu poesía inerte
plegando así sus alas, pero limpias de lodo.

Has regresado al polvo.
Ya eres sólo silencio; dolor alado acaso.
Soledad y silencio; sombra, paz y quietud.

Conoces las respuestas a las preguntas todas.
Han callado tus odas
¡oh solitario amigo
que esplendes como símbolo por el ancho camino
que se recorre a pie,
limpio como la aurora, sólo como el destino,
puro como la fe!

1963

PINCELADA

A Herlinda Robles Barrera

Por una razón temida
pretendes tú conocerte.
¿Cómo conocer la vida
si no conoces la muerte?

Está resultando amargo
conocerse el hombre mismo.
No hay abismo cual su abismo,
ni cruel suplicio tan largo.

Tan hondo rueda el destino
que el afán mismo se asombra;
y va cayendo una sombra
que enturbia polvo y camino,
pero hay un canto en un pino
y a lo lejos, la esperanza,
es como un ave que lanza
la luz, envuelta en un trino.

3-XI-58

EN SANTA ELENA

Al Lic. David Romero Castañeda, en su rancho

No es el verdor profundo de la tierra caliente.
Es el magüey que ruega; que se pone de hinojos
con su vientre de miel
para apagar la ardiente
piedad del altiplano que se duerme en tus ojos
por siglos y por siglos
y te acaricia y besa la sudorosa piel.

Las potrancas, los potros, el solitario buey,
el sombrero de paja
y arriba del caballo solamente tu ley.

Los años han venido;
ya se asoma el invierno.
¿Cómo será el olvido?
¿Cómo será lo eterno?

Y grito en Santa Elena; lo bello hace gritar.
¿Por qué la tierra toda no está cerca del mar?

Un retablo, una Virgen, un Cristo encanecido
observando en silencio que puestas ya de pie,

tarde y fragancia,
poníanse a mirar sus ojos a distancia
para que así nacieran la oración y la fe.

El Angelus resuena por la llanura inmensa.
Los párpados del campo se cierran con la luna
y el esplendor del cielo luce tan hondo y puro
que a veces se me antoja que el universo piensa.

Envío

Repetirás conmigo:
De mañana o de tarde o en la noche serena
esto es tu Santa Elena,
caro amigo.

16-IV-63

ASI ERES

El recato lunar en tu sonrisa,
el silencio del orto en tus pupilas,
el ensueño del árbol en tu boca
y el color de la sangre en tus cabellos.

Con sólo contemplarte tengo todo;
la ilusión, la belleza, la esperanza.
Tan bella como una ala desplegada,
tan leve como un pájaro dormido,
tan dulce como un vuelo de palomas,
así te encuentro Amada, desde siempre.

El crepúsculo pende de tus labios
mansamente lejano como el tiempo.
La aurora se hace amor bajo tus plantas
silenciosas y puras, transparentes.

Todo el sol, todo Dios se encuentran juntos
tendidos en las playas de tus senos.
Cuánto amor del pasado y del presente
se estremece besando tus arenas.

Amada del dolor de hacerte mía
así te encuentro a solas con el viento,

tan bella como el mismo pensamiento
asoleado en un mar lleno de lágrimas.

9-XII-63

INGENUIDAD

Un día te besé.
La luna reclinábase en tu boca.
Y para no ofenderte con mi beso,
sólo quise besar sobre tus labios
aquella luna silenciosa y suave.
¡Así que sólo te besé la luna!

1º-VII-64

EN TAXCO

No la cantera rubia que decía
en cada esquina un madrigal diverso;
no las torres labradas, por la pía
mano del canterista y por el verso.

Tan sólo la mujer, Amada mía,
tan solo la mujer y el universo.
Prisioneros los dos en la alcancía
de mi nuevo dolor, callado y terso.

Estabas frente a Taxco, como un lienzo
donde un óleo fugaz, se diluía
en aras del perfume o del incienso.

Nada quedaba entonces de aquel día
sino un amor desesperado, inmenso
que allá en el corazón se nos moría.

1964

CONOCI ZACATECAS

Casi queriéndose perder la tarde
me recliné en tus brazos de cantera
y te sentí en las calles, toda entera,
la Suave Patria, de Ramón Velarde.

La Bufa, desde arriba, en un alarde
de aprisionar el sol en primavera
se pasma ante el crepúsculo, que arde
mansamente dichoso en la pradera.

Ramón López Velarde, tu poema
igual que Zacatecas, es diadema
que corona tu gloria y la amortaja.

Tal vez por ello, sonará lejana
y por siempre, de noche o de mañana
tu "carreta alegórica de paja".

13-IV-63

AL BESAR TUS OJOS

El cielo estaba preso en el sendero
de tus ojos abiertos.

Un ruiseñor cantaba la dulzura
de tus ojos azules, la ternura
del pedazo de cielo prisionero.

Pude acercarme con amor al preso
y lentamente acariciarlo entero.
Pude dejar sobre su azul, un beso,
naciendo así en la noche otro lucero.

INALTERABLEMENTE

A Ma. del Socorro

I

Mañana moriré. Siempre es mañana
para morir, mi Amada.

Yo que he vivido por tu amor, no quiero
sentir el miedo ante la muerte sola.
Si he de seguir amándote, qué importa
que la muerte me cubra con sus alas.

Si la muerte o el tiempo o la distancia
no han de arrancar mi amor, qué importa entonces
que la sombra me envuelva para siempre.

Si a la muerte le temo, es sólo acaso
porque en ella tal vez no pueda amarte.

Tan hondo, tan callado, tan adentro
corre mi amor hacia tus pies, mi Amada,
que nadie detendrá su curso ardiente.
Nadie detiene el paso de la lava
cuando rueda encendida.

II

Cuando llega el amor, el hondo y puro;
el que no pide nada, el que ofrece
la bendición de dar y no recibe;
el que deslumbra y atormenta a solas;
el doloroso amor impenetrable
que te hiere, te amarga y esclaviza
y te hace alegre por esclavo y vives
pendiente de tu dueño;
cuando llega ese amor
tienes el cielo abierto a tus pisadas,
el bello don de acariciar la vida,
el bello don de perdonar la dicha.

¡Así es mi amor, Amada de mi ensueño,
así de puro y claro y de creyente!

HUAXTECA ANTIGUA

A Guillermo González

Por fin las carreteras te han herido.
Las cicatrices largas del paisaje
se tienden tras el humo maldecido
del moderno automóvil, que es ultraje
para tus roncadas selvas y tus ríos:

Han callado los montes
y han dormido
temblando de terror, tus horizontes.

El terrífico ruido de motores
ensordece tus selvas; aniquila
la paz horizontal de tus rumores
que se tienden azules, verde y lila.

¡Ultrajaron tu paz, Huasteca mía!

Han ultrajado ahora a tu silencio,
a tus pájaros todos, a tus nidos,
a tu verdor ilustre, a tus olvidos
y a tu inmóvil pradera tan antigua.

Han vencido a tus ríos, flor de espuma,
que besaban tu vientre y discurrían
solemnemente grandes y morían
en la orilla de un mar lleno de bruma.

¡Van a morir tus selvas! Un destino
terrible y pertinaz, persigue al hombre.
Un día olvidará lo que es un trino,
un día olvidará que tiene nombre.

Tus añosos caminos de herradura,
tus románticas sendas, se han quedado
de pie y sin esperanza.
¡Pacientemente solos y dormidos!

¡Oh río Moctezuma, tan amado,
pende sobre tu vida larga y fuerte
la soledad inmensa del pasado
y el esplendor amargo de la muerte.

18-VII-63

LOS POEMAS POSTREROS

HE AQUÍ AL HOMBRE

A Rodolfo García G.

El Universo existe dentro del hombre mismo.
Afuera no se encuentra sino la sombra densa.
Sólo en el hombre vive la realidad sin límites;
no hay nada fuera de la pupila humana.
La eternidad es única, indivisible y pura,
el pensamiento mismo y sólo el pensamiento.

Lo que ves, lo que palpas, lo que admiras e intuyes
se resume en ti mismo. Sólo tu eres verdad;
lo demás es reflejo de tu propia existencia.
Tu pupila es ventana para verte a ti mismo
creyendo contemplar un Universo afuera
de esplendor infinito, remoto y estrellado,
diáfano y transparente,
divinamente curvo, plácidamente bello.

El infinito todo te pertenece entero.
Está a tu alcance siempre. Con sólo que lo quieras
lo tienes en tus manos; lo puedes apresar
con tus labios, con tus ojos, con tu aliento,
con tu esperanza muda, con tu ilusión indemne.

Con despertar un sueño puedes asir el todo;
la gloria, la poesía, la vida, la belleza.
Hombre de poca fe:
La vida no es eterna, pero tú si lo eres.
El Parthenón te lleva por los anchos caminos
y Dios está en ti mismo y está Jerusalén.

HE REFORMADO

A Carlos Arce

He reformado el corazón y a efecto
he pensado en mí mismo; en el pasado,
en lo inútil y estéril de mis versos
que no supieron comprender entonces
nada del hombre, ni la vida entera.

Se ha retirado, al fin la primavera
y otoño está cayendo lentamente
como lluvia tenaz en la pradera.

He reformado el corazón ¿y ahora?
Yo me pregunto en el silencio augusto
del invierno que llega, si fui digno
de vivir la existencia que me dieron.
Yo era todo el milagro, el más grande
de todos los milagros.

He poseído el pensamiento y vivo
porque puedo pensar. ¿He sido acaso
digno de poseer el pensamiento?

Aquí la encrucijada. ¿Cuál la respuesta?

Miro mis manos, en las cuales tuve
la pluma para el verso y para el canto.
Con ellas entretuve
la quietud de mi amada y de su llanto.

¿Qué hice por la tragedia de los hombres?

Aquí la encrucijada.
A nadie le hice daño.
¿Esto era suficiente?

He reformado el corazón y ahora
ha de brotar la poesía amarga
igual que la amargura de la especie.
Sólo así fallaré sobre mí mismo
que he sido digno de vivir siquiera
la vida que me dieron, sin saberlo.

PINCELADAS

A Josué Mirlo, arcángel del ensueño

I

El cielo está espantado
porque el sol y la luna
son viejos pertinaces comunistas.

La propiedad privada no la acatan;
ni se venden cercados por alambres
de restiradas púas,
ni comercian con casas devaluadas.
Nadie vende un pedazo de sol en el mercado
ni lágrimas de luna, cosechadas.

Los dos entran ufanos en las siembras
sin vender ni comprar, limpios de penas.
Se entregan por igual al hombre fuerte
que al abierto terruño
sin conocer dolores ni cadenas
ni el corazón del rico tan inerte.

El sol va cabeceando en el arado
dormido, acongojado.

Mientras los bueyes dulces, soñolientos
van arrastrando lentos
el acero vraz que rompe el seno
ardiente de la tierra, el sol se queda
soñador y feraz, puro y sereno.
bajo el profundo amor de la arboleda.

II

Con sólo tierra y luna .
el sol forjó la vida.
Desde el trino hasta el llanto,
desde el orto al crepúsculo
fue creciendo el paisaje,
la rubia primavera,
el otoño dormido,
el pensativo invierno.
Al terminar su obra
estaba de rodillas
y silenciosamente
lloraba con angustia estremecida.
La tierra ya era curva:
se iba poniendo verde y florecía.
¡El hombre amanecía!

III

El Sol le dice al hombre:
Tú eras mi predilecto; lo que existe
lo he formado con tierra y con aliento,
para que tú gozaras.

Y hoy contemplo con hondo desaliento,
desconcertado y triste,

que eres capaz de comerciar conmigo,
con la tierra, la luz y el pensamiento.

¿Qué clase de criatura habré forjado
en mi inútil afán de hacer la vida?

Este afán que tenía; que he logrado
de ver sobre el verdor de la campiña
los seres caminando de ese modo,
¿se reduce al final a que me sienta
inmensamente solo?

¿Por qué tú mismo cierras los caminos
que han de llevarte para amar al prójimo?

¿Un día venderás hasta los trinos?

¿Tendré que arrepentirme
de haberte concedido la existencia?

¡Debí crear los árboles tan sólo,
los plumajes, los pájaros y el campo,
los ríos y los mares y el desierto
y nada más, sin que naciera el hombre!

EL HOMBRE SE VA INUNDANDO

El hombre va caminando,
caminando por el borde;
el hombre se va llenando
sin que el río se desborde.

Si siembra su rebeldía
sólo cosecha su sangre.
Si resiembró su miseria
cosecha sólo la muerte.

La tierra se va empapando
de sangre y de rebeldía.
; Tiene que llegar el día,
el día que va empezando!

La muerte viene gritando.
; Sólo es silencio la muerte!
También el hambre es silencio
cuando se aferra del hombre.

El río se va llenando;
sólo quedará la sangre,
la sangre que se endurece
con la miseria y la muerte.

Y entonces la sangre roja
y la tierra ennegrecida
darán cosecha de sangre,
de muerte y de rebeldía.

Y el día será la noche
y el odio serán los frutos
del día que va llegando
sin crepúsculo ni aurora.

¡La noche será la noche,
por toda la noche eterna!

El hombre se va inundando.
¿Vendrá por fin el desborde?

¡UN DIA!

La tierra se va rodando,
rodando como la suerte.
La tierra es curva, y semeja
la curva del universo.

Qué sola se ve la tierra
desde el espacio sin límites.
Qué sola se ve la tierra,
parece el Hijo del Hombre.

¿Acaso a final de cuentas
la tierra es hija del hombre?
¿Acaso el misterio eterno
lo resuelve una pregunta?

El hombre va caminando,
camino del firmamento,
y un día será por siempre
todo suyo, el universo.

A fuerza de celo y celo
un día tendrá en su mano,
como una antorcha, el arcano,
todo el esplendor del cielo.

Y entonces, por el hechizo
de todo su inmenso anhelo,
habrá terminado el vuelo
que inició en el paraíso.

Y entonces y sólo entonces
habrá plegado sus alas,
vencido el misterio eterno.
Luzbel saldrá del infierno
sollozando de alegría.
¡Gritando irán los profetas
y el cisne de la elegía
habrá cantado en la muerte,
la muerte de los poetas!

VEINTE AÑOS DESPUES

Vuelvo a surcar el Lerma, y veinte primaveras
renacen en el fondo del solar de mi vida.
Los años se acurrucan y las hondas praderas
son más tristes ahora. Lo triste nunca olvida.

El río es como una boa que en largas sementeras
tritura el horizonte. La llanura convida
a trasnochar al verde silencio de las eras.
Se abre en la vieja carne la canción y la herida.

Cisneros Canto sueña. Emilio es el lenguaje
de la provincia ignota del Príncipe y el Paje
que encontraron la novia soñada, en Yucatán.

Josué Mirlo es el río. Josué es el homenaje
de la tierra hecha rima que decora el paisaje:
el poeta es la gloria que asesinó al afán.

FUEGO, HUMO Y CENIZAS

F U E G O

INVOCACION

Con el sabor del cántico y del vino
y la amargura toda de la lira
invoco la presencia del divino
martirio de las artes que me inspira.

Alzo mi copa audaz. Escucho el trino
de todas las edades y en la pira
de mi fiel soledad y del destino
quemo la vida entera con la lira.

¡Oh, soledad invicta, que devienes
como límpido arroyo entre la arena,
envuelve mi cantar con tus vaivenes;

prende a mi corazón la paz serena
de todo lo que existe y con tus bienes
vuelve a lanzar mil naves tras Elena!

EN MI PUEBLO

Por la casualidad imberbe y fría
de mi vida azarosa,
llegué de madrugada
a las calles dolientes de mi pueblo.

Axtla lo hemos llamado. Frente al río
está un pesado ceibo que engalana
la entrada de este pueblo, limpio y claro,
bullicioso verás durante el día
y silente y adusto por las noches.

Limpio y claro como el son de sus sones;
dulce como el Cielito Lindo y la Huazanga,
suave en la Presumida,
veloz Zacamandú que se deshace
en el suelo polvoso del Huapango.

*
* *

Ayer eran las garzas que cruzaban
blancas y lentas tu empinado cielo,
eran como un anhelo
que nace y que se pierde sobre el río.

Y hoy, que es mañana y eternidad somera
un blanquecino avión, que sólo es muerte,
incendio paranoico y remembranzas
de todas las perversas ambiciones,
viola tu cielo cada día arcano,
manchando de cenizas
tu corazón anciano
y estrujando de miedo tu labio y tus sonrisas.

Tus recuas andarinas,
tus arrieros heroicos
que caminaban lentos para obtener el pan,
murieron en las ruedas de los nuevos camiones,
(clamor de gasolina)
que alejaron por siempre el esplendor divino
del vuelo milenario de tus mil golondrinas.

¡Oh pueblo amado y bronco,
pedestal de mi olvido,
cómo añoro los tiempos en que el tiempo venía
sobre tu azul silencio, a dormirse a la sombra
de tus árboles verdes
y a envolverse en la paz de cada nuevo día!

Eras un pueblo único... y dejaste de serlo.
Igual mi corazón
que era tranquilo antes
y se acongoja ahora cuando siente que pasa
gritando desde arriba
el Arcángel rebelde convertido en avión.

En mi pueblo, Señor,
no ha mucho, Jesucristo, pretendiendo olvidar,
aún ensangrentado y oliendo a negros átomos,
se fue de entre los hombres, ya sin la cruz a cuestas
y se perdió en la selva para no regresar.

YA NO

*Después de leer El Vicario
A Mario Ceballos*

No quiero oír los voces de Hiroshima y de Auschwitz,
ni escuchar las llamadas oscuras de la historia.
No quiero ver la noche carcomida de espanto,
de fuego enarbolado como si fuera lienzo
flotando contra el orbe lleno de sangre y lodo.
¡No quiero las miserias, la dicha ni la ciencia!

Cuando siento aquí dentro que el hombre es esa bestia,
surge un deseo único
de romper a la vida, de romper el futuro
y ponerme a reír. ¿O tal vez a llorar?

Romper todas las cosas; romper el infinito
que mora en mis abismos que se van a morir,
romper las encrespadas melenas de la aurora,
estremecer al viento
arrojándolo a gritos contra el fondo del mar
y arrancar a las nubes, de un golpe virulento,
el corazón entero sin hacerlo sangrar.

¡Si pudiera de pronto matar la historia misma!

Si estrangular pudiera la inmensa podredumbre
que amortaja a los hombres, cómo le apretaría
la garganta al pasado, para que así pudiera
un día no lejano reivindicar mi nombre,
mi sombra de poeta, el dolor de ser hombre
que cargo cada noche con vergüenza y recelo!

¡Si pudiera apagar la luz, oh Dios, al cielo,
con que infinito afán la arrojaría al abismo!

¡Arrojarlos al fondo, a Dios y al cielo mismo!
Ya sólo en el infierno persiste la esperanza.
El hombre es el Arcángel atómico y nuclear
nacido en Hiroshima y consagrado en Auschwitz.

¡Satán volvió a la gloria; fue vencido el destino!
Y así fue como entonces
la Cruz cayó al Avernus y se quemó hasta el fin!

HASTA CUANDO...

*A Guillermo Fonseca Alvarez,
mi dilecto y admirado amigo,
por la obra que está realizando
en el Altiplano.*

*En San Juan sin Agua, en
la carretera de San Luis a
Matchuala, (1970).*

I

El desierto ha llorado, patria mía.
Si vieras al desierto cuando llora
todo tu corazón se enfermaría.

II

Va creciendo el silencio como si fuera sombra.
¿Por qué crece el silencio? La miseria también.
Nada en esta llanura patética me asombra.

Y en este cementerio de ilusiones y risas,
irredento sepulcro de esperanzas,
no va la caravana pasando hacia Belén.

III

La humildad sacrosanta del desierto
se envuelve sola en la llanura intacta.
¡Qué silencio más puro se posa sobre el polvo!
¡Cuánto dolor se esconde y se dilata!

IV

El desierto y el pan no se conocen
y el maíz no se besa entre las dunas,
ni el viento puro con la piel del trigo.

El hombre es el desierto: si lo dudas
toma el camino largo fronterizo
y besa el horizonte que se aterra
ante su propia soledad sedienta,
y tendrás para siempre
ante tus ojos húmedos de espanto
la esclava inmensidad de la llanura,
la torturada desnudez del campo.

¡El hombre y el desierto!
¿Acaso el charco por el suelo muerto
limpia la soledad y la miseria?
Jagüeyes ignorados, pestilentes
donde abreva con lodo la criatura
que hace siglos vivió en el paraíso.

El Antrophos. ¡La arena!
Criaturas milenarias y paupérrimas
tomando el agua del jagüey amargo!

V

Pero lejos los hombres y ciudades
tienen "El Metro" para el paso raudo.
La ciudad tiene siempre el espectáculo
de torres, de palacios y automóviles
y sonrisas y el oro y los diamantes,
agua limpia y tenaz, maíz y trigo
y carne congelada y hielo puro;
pero el norte es el hambre
y soledad y viento y desamparo.

La piedad del desierto
sólo es humo
de la seca boñiga
que el ocaso empurpura,
y el agua del jagüey
y el oscuro horizonte de la amiba.

Las cabras beben del jagüey salado
y beben agua con el lodo dentro
y el hombre igual que los corderos blancos.

Catilina... ;hasta cuándo!...

VIEJO ANHELO

*A Agapito Alviso Flores, quien luchó
a nuestro lado por el bien de sus
semejantes.*

He partido, en silencio, en dos, al infinito,
y luego, sin pensarlo, lo he doblado con fuerza
para echarlo en la noche
y arrullarlo desierto
sobre mi corazón acongojado y tenso.

Sin quererlo, lo he dejado colgando dulcemente
para que sepa en cierto
este mismo infinito,
cómo él mismo es pequeño,
que cabe sin premuras
en este corazón tan lleno y tan desierto.

Lo sé ahora en firme: sí cabe holgadamente
todo el espacio abierto,
todo el largo infinito,
todos los astros juntos
dentro de nuestra entraña que en silencio se mueve.

¡Qué aberración más grande nos resulta Hiroshima!

¡Qué estúpidos, qué enfermos resultan los que queman
al hombre con metralla!
¿Podrán el odio y el crimen arrasar el abismo?
¿Así podrán, acaso, quemar el infinito?
¿Quemarán el espacio, todo el espacio entero?
¿Cómo podrán, entonces, quemar al hombre mismo?

?...

*Al extraordinario poeta y gran amigo
Félix Dahuaajare Torres.*

Este es un calendario
raro y perverso.
Alguna vez es incensario
y en otras es un verso.

Cuando beso la boca
al tiempo y a lo viejo
del tiempo mismo,
me entra una gana loca
de ver en un espejo
lo que siembra el abismo.

¿Trigo, maíz, manzana?
¡Si pudieran los hombres sembrar en la mañana
y levantar cosecha
cuando crece el crepúsculo para volverse noche!

¡Si hubiese siempre lluvia
cuando nace el retoño,
cuánto dolor vendría con su cabeza rubia
a deponer su pena y ser sólo alegría,

ya fuese en pleno invierno o bien en primavera
remojados sus labios pensando en el otoño!

El hombre, siempre el hombre
sin mitigar su pena.

¿El dolor tiene nombre?

Un principio de amor y luego arena
sin otra orilla que la misma arena:
el pensamiento, el corazón y todo...

Adentro el firmamento
y una playa arenosa y luego lodo...

TRISTE ELEGIA

Ya lo sabemos todo.

¿Queda por develar siquiera una pregunta?

¿Qué misterio nos queda que no se haya alcanzado?

Ya todo lo sabemos,

y sin embargo, Amada, persiste la poesía.

El universo es mío como tu misma risa,

la luna, los ocasos, el sol y los luceros.

Todo es sencillo y mío como el trigo que como,

que transformo en deseo, en ilusiones ciertas,

en paisaje, en cariño, en arrullo y en sueño.

La vida es corta y dura; ya lo sabemos bien.

El dolor, las riquezas, la injusticia y el hambre

resumen la existencia. Fue mentira el Edén.

Frente a todos los odios resplandece una estrella:

la fe que se perdiera cuando le fueron puestas

las cadenas al trigo, la esclavitud al mar,

la incertidumbre al sol y la miseria al canto.

La esclavitud nos grita, nos ahoga, nos quema;

pero a pesar de todo,

desde la misma muerte, desde el infierno mismo,

seguirán resonando
los cantos elegíacos de todos los poetas
y ha de venir andando Jesucristo otra vez.

ESCUCHA

No escuchas el sonido minucioso del agua
cuando brota
gota a gota
y sin embargo canta, gime y desconcierta
y dolorosamente rueda ya por la vida.

Tú no percibes nunca el llanto de la tierra
cuando cada semilla rompe su dura cáscara
y al encontrar la luz se hace ternura verde.

Tampoco escuchas nada cuando el retoño tierno
aspira el aire y se hace un nuevo
y silencioso paraje de la vida
en el amargo grito de querer ser eterno.

Y así renace el hombre.
Desde el orto al ocaso
se siente perseguido
por su fiel pesadumbre que lo obliga a pensar.

¿Qué importa, pues, la muerte?
¡Oh dolor, con tu propia techumbre immaculada
aparta el corazón del pensamiento
y hazlo noble y puro
y silencioso y alto!

LA ORACION DE CUAUHTEMOC

A Francisco Martínez de la Vega

“Retorna, padre Juárez”,
“es el joven abuelo quien te habla”.
“Padre Juárez, retorna
y mide
la soledad insigne,
el abandono atroz
en que se ahoga
nuestro pueblo tan triste”.

“Ya ni siquiera Dios, el nuevo Dios
se acuerda de nosotros”.

“Retorna, padre Juárez”.

“Si yo vencí al infierno
tú puedes nuevamente
prender el fuego sacro
con nuestros viejos Dioses”.

“Quémalos en la hoguera
sagrada de la vida”.

“Tu libertad en llamas
envuelva nuevamente
con el fervor del fuego, del tiempo y de la muerte

toda torva injusticia,
toda miseria airada;
y ondea tus banderas sobre los nuevos dioses
y si los nuevos dioses se oponen a tu fuego
quema todos los dioses”.
“Tu libertad en llamas purifique a los hombres
y los convierta en hombres”.

“Padre Juárez, tú hiciste
que la raza de México
se hiciera menos triste”.
“Tu pueblo, que es mi pueblo
te necesita ahora mucho más que hace un siglo”.
¡Espero ver tus llamas, Padre Juárez!

LA ARENGA DE LUZBEL

*A mi dilecto amigo Héctor Ruiz Elías,
soñador de la ciencia.*

“El Antrophos no peca”, grita con la voz
sumida en amargura.
“La ciudad es más grande que la inmensa llanura”;
“tú eres la hermosura,
oh Antrophos, tu pura
esencia es escultura
que hace de tu cerebro la divina criatura”.

“Tu Londres es más grande que la selva más grande;
no hay árbol en la tierra más alto que las torres
de la gran Babilonia que llamas Nueva-York”.
“Oh, Antrophos divino, los picos de los Andes
nunca serán tan grandes
como el avión que pasa, flecha alada en tu mano,
sobre todo el silencio colgando del arcano”.
“Sobre lagunas largas de lejanas orillas
y nevados picachos, creaste maravillas”.
“Asentaste ciudades colosales y bellas
sobre las aguas quietas
de la laguna muerta, con tus divinas manos”.

“Fuiste
levantando castillos y aparejando estrellas”.
“Con tus gigantes puños
hiciste
incomparables cuños”.
“Y así plantaste sueños y por bien o por mal
conquistaste la luna
y a la vera del agua salada de tus mares
el humo de tus fábricas se convirtió en penal”.

“Oh, Antrophos, sacude la tirana opresión”.
“No olvides esta arenga
que sale del abismo
que me tortura ha siglos
y hazte digno por siempre
pues sin saberlo acaso,
el templo del Señor eres tú mismo”.

ADAN EN SOMBRA

*A Margarita Paz Paredes,
la gran poetiza mexicana,
con mi admiración y
respeto.*

Bajo mis nobles árboles,
más longevos que todos mis abuelos
y más bellos que todos los cantares
de todos los poetas
y más ricos que todos los consorcios
de todos los banqueros,
recibo las delicias de tus versos.

Mis potros se pasean en la playa
ausentes de los odios, sin recuerdos,
desnudos,
diáfanos como el agua
del río Moctezuma
que se tiende a la orilla de la grama
soñando en la metrópoli, que ha dejado
a sus roncadas espaldas.

El ganado vacuno
pace la yerba verde que perfuma
la corriente del río y la ennoblece.

En la orilla de arena
las garzas, las calandrias,
los tordos y palomas
se abanicán con ansia,
pues el calor agobia.

La tarde es acabada y se duerme serena
ungiendo a los potreros
de silencio y de aroma.

Abrí tu libro y recité tus versos.
La tarde y tu caricia
acongojando al campo
para morir al fin
en medio de la noche que murmuraba a solas
tu poesía indemne,
y te besaba entero tu corazón de miel.

¡Adán en sombra y la caricia inerte!
¡El campo, los luceros,
el candor de la selva
y el dulzor de la luna y tu adiós a la muerte!

MAYO

(En Chalco en la seca)

*A todos los huastecos que tuvieron
el privilegio soberano de haber
nacido en medio del verdor ilustre
de nuestra amadísima tierra.*

Sobre la tierra parda se desplomaba el sol
con furia y desaliento.

A la vera del mundo, moría un girasol
como si fuese lágrima.

El camino sediento

se arrastraba indolente buscando la frescura
de un árbol, de una choza, de un río, de una playa;
algo donde esconderse
de la negra amargura

de una atmósfera densa, salida del infierno.

Ni un pájaro, ni un canto, ni un amor, ni un arrullo.

Reverberar ardiente del cielo y la llanura.

Bajo la tierra inerme, fecundo y desolado
el germen que gritaba por salir hacia el alba,
por conocer la lluvia, por conocer el viento.

Pero arriba del lomo de la tierra quemada
un fuego estremecido dominando el murmullo,
recogiendo las crines del polvo agonizante,

para ponerlo preso, para vencerlo a golpes
de lumbre deslumbrante, para impedir la vida,
para quemarla siempre.

Calor, pavor, dolor, resecos los terrones,
reseca la garganta.

La llanura veraz en estado de coma;
sin despertar, pero soñando siempre
en que por fin un día ha de sonar el trueno
y ha de llegar la vida.

¡Ha de escuchar el trueno, ha de nacer la vida
y un día el aguacero ha de caer del cielo!

¡Ha de escuchar las gotas que han de limpiar su vientre
y han de volverlo verde!

¡Pero ahora es el fuego que lo domina todo;
el fuego de mi tierra caliente, bien amada,
el que domina el polen, la atmósfera, la vida!

¡El fuego y la llanura; la llama que no prende!

¡Oh, calor de mi tierra, que se convierte en sangre,
en amor, en esfuerzo, en letargo y pavor!

¡Oh, dolor de la llama!

¡Fuego líquido y seco! ¡Fuego huasteco a plomo!

EL EVANGELIO

Al Dr. Juan Dale y Sra.

Viene andando Jesús y su palabra suena.
En sus pupilas de esmeralda vieja
todo el rumor del mar va prisionero.

¡Cuántas rosas salían al camino para verlo pasar!
Era la tierra misma que pasaba soñando.
Eran la primavera, el verano, el otoño
y el invierno también.

Todos iban llorando:
las pirámides todas,
Atenas y Bizancio, Roma y Jerusalem.
¿Qué cosa perseguían al final del camino?
¿Contemplar el Calvario y conocer la cruz!
¿Qué inútil esa busca para saber un día
que adentro de nosotros
muy hondo está el Calvario y más al fondo la Cruz!

¿ASI SERA?

I

Murió la tarde con los brazos rígidos
como si hubiera sido un animal errante.
La noche cabalgaba en un lucero.
Así mi corazón montó de pronto
sobre tu aliento perfumado y puro
y se fundió en tu boca y en tu aliento
y se fue caminando y caminando
hacia el dolor, buscando al pensamiento,
(vagabundo indefenso)
sin encontrarlo nunca.

II

Desde el primer momento
el beso trina y llora,
y el trino se convierte en pensamiento
y el llanto en aurora.

III

Toco la aldaba de la puerta doliente
en casa de la muerte,

y Ella sale y me mira,
y al mirarme no ríe
sino en silencio llora.

VIERNES SANTO

*A Alfonso Llamazares,
afectuosamente.*

Cuando exhalaste el último suspiro
la tarde se hizo blanda y cariñosa;
fue dejando tu amor en cada cosa
y tu adiós en un cielo de zafiro.

Con la misma inquietud en que me inspiro
digo también mi adiós a toda cosa.
Lanza la tarde un grito y me retiro
para sembrar tu sangre en una rosa.

· · EN LA PIRA

Tongolele, bailabas. Nadie oía
sino el rumor alado de tus senos,
blancos y puros, cuando no serenos,
envueltos por el hambre de la orgía.

En diapasón de curvas y laureles
un griterío audaz, solemne y ronco,
estalla cuando saltas, en el bronco
relumbrar de tus húmedos caireles.

Van al desnudo tus contornos fieles
desparramando rabia y desvarío,
y en tu pecho redondo, los pinceles,
pintan el curvo caminar de un río.

Rítmicamente tu cintura estalla
en holocausto de furor y gloria
que arranca el alarido de la escoria
que a tus muslos desnudos ametralla.

Ante mis ojos, nidos de esperanza,
se cuaja contumaz, fervor o ruego,
pues te alejas al ritmo de tu danza
sobre un inmenso pedestal de fuego.

UNA MAÑANA...

Una mañana grande bajaba a la llanura
entre bostezo y bostezó.

Tomé tu boca roja con íntima ternura
y anclé sobre tu boca mi barco, que era un beso.

¿Que los hombres perecen de pobreza e ignorancia?

¡Qué importa que no coman!

Lo que importa es que el beso que envuelve tu
[fragancia
siga los virginales caminos que te aroman.

Un día, no muy lejos, ha de estallar la historia.

Y las gentes con hambre, las sin suerte,
incendiarán el odio.

¿No les temes ahora? Verás que la miseria
también besa los labios tan negros de la muerte.

LOS CANTOS AL RIO MOCTEZUMA

*A mis hijos, para que cumplan
con el último canto, con mi
amor y esperanza.*

I

El viejo y largo río, mi río Moctezuma,
es el padre de todos los ríos de la tierra.
Viene de Tenoxtitla y se duerme en el mar.
A su vera se yerguen el árbol y la pluma
y los días lo besan cuando lo ven llorar.

El Nilo se le junta: un diminuto afluente
del viejo Moctezuma, mi río bien amado.
El Missouri es apenas un rizo transparente
que llega a sus riberas como un juglar cansado.

Todos los ríos vienen a unirse al Moctezuma.
El glorioso Amazonas, el furioso Amazonas
es un simple y pequeño panorama de aromas
que se abraza a mi río como al ave la pluma.

Yo te saludo, oh río, pues estás en la tierra
fecundando su vientre desde que fue creada

hace millones de años,
y la tierra te ama y sabe que es tu amada.

II

Antes que el tiempo mismo naciera eternamente
tú ya estabas rodando sobre tu orilla verde.

¡El viejo Moctezuma!
Es más viejo que el tiempo; más viejo que los viejos
árboles milenarios que le dieron verdor
a esta tierra al nacer.
Más viejo que el amor.
Estabas ya viajando, cuando por fin llegara
desnuda y olorosa la primera mujer.

Así te anticipaste al otoño, al invierno.
También la primavera te conoció después.
Si hay algo en esta vida que retrate lo eterno
es el agua morena que te besa los pies.

III

Vienes desde las nubes, donde está Tenoxtitla,
nuestra ciudad sagrada, la más bella del mundo;
la que fue consagrada
a las glorias de México,
a un dios que fuera substituido
por otro Dios más joven,
más dulce, más sereno y mucho más eterno,
un Dios dorado acaso que llamaron Jesús.
Así llegó a tus aguas, por fin, entre los siglos;
el perfumado aliento del Calvario y la Cruz.

IV

¡Cuánto sueñan los ríos!
¡Oh, los sueños del río Moctezuma!
Canta un árbol las risas del otoño,
la belleza del alma de la pluma,
la inocencia de todos los estíos,
la ternura del sol en el retoño.

¡Cuánta humildad silente en cada hoja,
cuánta luz verdadera en la congoja
del viento que se posó en tu ribera
a esperar los senderos de la lluvia!
Si la cosecha es rubia
ya no puede llorar la primavera.
¡Cuánta ilusión navega en cada espuma
y en cada brisa la clemencia pura
del regazo materno de la bruma!

Los vientos de los ríos,
sin conocer su afán ruedan ligeros
reteniendo la imagen de las nubes
que quieren navegar sobre sus aguas
como si fueran peces o querubés,
acaso golondrinas o jilgueros.

V

No creas a la ciencia; dice que no hay sirenas
y una noche de luna, sobre tus aguas hondas,
yo las oí cantar.
Iban dulces, serenas,
atraídas sin duda por el fulgor del mar.
¡Oh río Moctezuma, las sirenas cantaron
y los sauces llorones dejaron de llorar!

VI

De una a otra orilla
no hay ninguna belleza que supere la tuya.
Ni una mujer desnuda, ni una parvada de aves,
ni la sombra que arrulla.
Eres como una ofrenda que llora y se arrodilla.

VII

Bajo la sombra augusta de la arboleda verde,
desde la ardiente soledad huasteca,
oh río Moctezuma,
pienso en el Altiplano del solar potosino
y me grito en silencio lleno de amor y angustia:
Si pudiera besar un trino
cómo lo besaría
y luego lo pondría
sobre tu boca roja, patria mía.

Luego hacer un camino
y hallar tu corazón latiendo junto al mío.

Si pudiera tomar un ramo de rocío
y lo volviera lluvia
lo pondría
sobre tus tierras áridas para que al fin un ave
cantara al Altiplano lleno de yerbas pálidas
que renacieran verdes
convirtiendo al desierto también en Patria Suave.

VIII

El tiempo viene en contra de mi vida
como el viento del norte en la pradera,

ya se acerca el ocaso y la partida.
Hace lunas murió la primavera.

Ya la noche se encuentra estremecida
presintiendo el final de la jornada.
Ya se escuchan los pasos de la Ungida.
Sólo quedan cenizas de la hoguera.

IX

Mi río bien amado.
Un día no lejano, en tu ribera,
descansando en tu paz, húmeda y verde,
eternamente he de quedar sembrado.

H U M O

*A María del Socorro,
peregrina a mi lado.*

*¿Por qué a los setenta años, he hecho
poesía amorosa? “Porque olvidé
que el humo es la vejez del fuego”.*

DICHA

Nada mejor que esta vida pródiga,
que el otoño dorado,
ni más puro
que mirar en el árbol, el retoño.

Nada mejor que aprisionarte entera
y tenerte
en el ardiente cerco de mis brazos
como si fueras
un pedazo de cielo en primavera.

Nada más dulce, sin llegar a dudas,
que contemplar desnuda
a la luna bañándose en tus ojos.

Nada más bello, Amada, que tenerte
prisionera en el cerco de mis brazos
hasta que rompa el círculo la muerte.

ENOJO

Te perseguía la luna en el camino.
Persistente y tenaz
quería
besar tu cabellera y tu alegría.

Por eso en un recodo
se convirtió en un beso
en medio de tus labios.
Luego un trino
rompió la paz del beso y del camino.

Entonces te besé, tan largamente
que la luna enfadóse con mi loca
pasión desesperada y lentamente
se salió sollozando de tu boca.

ME QUEDARE CONTIGO

Te amé tan hondamente, con tal desesperanza,
que el corazón vivía queriendo detenerse.

Dos ensueños perfuman el adiós de mi vida:
el que robó la muerte, el que robó a mi hija
y el que tú me trajiste
y que fue como llama que nunca se consume.

¿Amar tan hondo es bueno?
¿Fue pecado quererte?
¿Podrá quizás la muerte
arrancarte de mi entraña y anhelo?

Si amarte fue pecado, ¡qué pecador he sido!
Si por besar tus labios pecaba sin saberlo,
¡cuántos pecados tuve!

PARA SIEMPRE

Ya la noche sentada en el camino
devoraba al ocaso
como un tigre las ancas de un cordero.

La selva vigorosa, paso a paso,
iba oprimiendo la piedad de un trino.

Entonces te acercaste a mi sendero
e iluminando con tus ojos claros
los taludes sombríos de mi pecho,
cavaste con tus manos un sepulcro
y enterraste tu amor calladamente
en medio de mi sangre y de mi pecho.

Y así, por tu designio y por tu mano,
nuestro amor fue sellado eternamente.

ESTA SANGRE

Toda una eternidad he recorrido
para llegar a ti, sin sombra de cansancio.

Toda la eternidad de mi sangre heredada
de mis antepasados ya vencidos
por el tiempo y la sombra, ha servido
para llenar de amor toda esa sangre
y ponerla a tus plantas, adorándote.

Esta mi sangre amarga y desolada
con el afán sin límite de amarte,
esta sangre doliente
que se bebe la tierra por inhóspita,
es la que pongo ahora sin retorno
bajo tus plantas fieles, que he besado
mil veces.
mil veces cada noche y cada día.

Recíbela, mi amor, santificándola.

MENSAJE

¿Sabes, Amada mía, cómo me estoy sintiendo
sin tu amor en mis brazos, sin tu boca en la mía?
Sin mañana, sin fe.

¡Como si no tuviera ni la sangre sufriendo,
ni el dolor tan adentro que con tenaz porfía
quiere seguirte amando, sin saber para qué!

LA SED

Nunca extingue mi sed tu beso ardiente.
Mientras más holocaustos te consagro
más se acrecienta el ansia de besarte.

¡Oh sed inextinguible que consume
el aliento, el afán, la dicha intensa!
Toda mi sangre toma tu perfume
y se hace amor en llamarada inmensa.

Si mientras más te beso, más te anhele,
¿cómo podrá apagarse un beso en llamas?

¿Cómo apagar la sed?
Acariciar la aurora,
llorar la primavera
y envolverse en la gloria del estío.
Así el invierno, sin saber siquiera,
vendrá a mis brazos, cual si fuera mío.

Entonces quedaré con la amargura
de no saber en mi interior abismo
si te pagué mi deuda de ternura,
si te dejé en los labios a mí mismo.

¿PARA QUE?

Los templos se consagran, no a la vida,
sino al silencio eterno, donde nunca
se percibe otra voz que la del cielo,
si el cielo tiene voz en vez de tiempo.

Era el templo tan grande
como el mismo silencio entumecido
y atroz de una plegaria.

Y allí estabas rogando. ¿Qué pedías?
¿Qué ruego tan fugaz y tan pequeño
ante mi amor tan hondo como el sueño!
¿Rogar? ¿Por qué rogar?
Amar es bueno.

EN LA VIDA Y EN LA MUERTE

Cada vez que te beso, Amada mía,
que te beso los labios,
siento besar las hojas de los árboles verdes,
el rumor de los ríos, el viento de la tarde,
el murmullo del alba, la canción de la aurora.
Cada vez que te beso.

Cada vez que finco sobre tus labios rojos
siento que estoy besando la llanura huasteca,
verde humedad perpetua, insigne verdor eterno,
algarada de pájaros,
beatitud de una noche enamorada
de la luna, del sol y de los ríos,
del silencio abrazado de los naranjos viejos...

Cada vez que te beso...
Cada vez que te beso siento besar la luna,
las estrellas, la dicha, la primavera indemne,
la gloria y la alegría.

Cada vez que te beso
el silencio se duerme
sobre tus labios húmedos
como se duerme un niño sobre el hombro materno.

Peregrino incansable, busco tus labios rojos
como la tierra busca
besos del sol paterno.
Por eso peregrina hace millones de años.
¿Acaso hay peregrino más terco que la tierra?

Yo soy el peregrino.
¿Por fin me has conocido?

Me tendrás en tus labios
peregrinando siempre
en la vida y en la muerte.

·ANGUSTIA·

Mi mano entre sus manos, lentamente
iba tomando tu calor amargo.
La angustia nos ahogaba, sin embargo
reía el corazón calladamente.

Nadie podría dominar la ingente
ternura de mi amor, que por el largo
y melado camino transparente
de tus ojos, caía en el letargo.

El amor verdadero se resume
en este afán de acariciar tu vida,
en besar tu dolor y tu perfume.

EL REGALO

Me has regalado un sueño, Amada mía,
un sueño incomparable: tu dulzura
que unida con mis labios, se ponía
a temblar de emoción y de ternura.

Un sueño de dolor y de amargura
que estremece la entraña todo el día;
que deleita, que hiere y te hace pura
y te llena de amor y de armonía.

Un sueño realidad; este es el sueño
que me brinda de nuevo tu camino,
punto de atardecer, casi risueño.

De mis añosas selvas, mi destino
se irradia azul hacia tus pies de ensueño
y te envuelve y te besa como un trino.

ANTE UNA VIRGEN

Un vaho pertinaz de lágrima insumisa;
un dolor tan agudo, tan hondo y tan abierto
que retuerce en silencio.

Y qué promesa ronca:

yo no creo en imágenes, pero te juro ahora
nadie podrá arrancarte de mi sangre sonora,
nadie podrá quitarme tu imagen de mi pecho,
tu doloroso amor.

Ni Dios mismo, aunque quiera, podrá quitarme nunca
mi amor estremecido por tu imagen amada.

Mi siempre Amada mía,
nadie podrá arrancarme del corazón amargo
este amor de crepúsculo que te persigue denso,
denso como la sangre, denso como la muerte,
sin límites, sin fondo, como si fuera el mar.

AQUEL ARBOL...

Después de que la tarde se acurrucó en tus brazos
nos fuimos caminando, abrazados, unidos,
sobre el césped parduzco, hasta llegar al árbol
y sentarnos, cubiertos por su sombra amarilla.

En la sierra, muy lejos, enamorada y santa,
desnuda como Dios estaba la arboleda.
Uno por uno, añoro, fui besando tus dedos
y las palmas tan blancas de tus manos aladas.
Perezosa y tranquila, paciente maravilla,
la pradera dormía frente a tus ojos pardos.

Me besaste de pronto con un afán de siglos.
Todos los siglos juntos me besaron ardientes
tras de tu boca virgen, tras de tus labios túrgidos.
Todos los siglos juntos, todos besaron juntos
en tus ardientes labios, dulces y perfumados,
perfumados por siglos, por bosques y por lágos.

¿No lo recuerdas? Dime: ¿Lo has olvidado ahora?
Y si tú no recuerdas, si lo olvidaste todo,
el árbol anchuroso recordará la vida
que abandoné en tus labios.
¿Por qué razón los árboles no han de tener memoria?

Si has olvidado ahora lo que juramos juntos,
quiero morir primero, antes que parta otoño,
y ya solo en la tierra, ponerme a descansar.
Hacerlo para siempre bajo las sombras anchas
de aquel árbol inmenso que amaba la pradera.

¡Entiérrame a su sombra, pero tan hondo, Amada,
que no pueda ya nunca reverdecer después!

C E N I Z A S

EL VIAJE

Era cuestión de tiempo el emprender el viaje.
Tomar la barca negra y cerrando los ojos,
los oídos, los pulsos, la sangre y la agonía
partir hacia lo ignoto. ¡Era cuestión de tiempo!
Y el tiempo había llegado.

Y me embarqué en un sueño; ¡en el último sueño!

Aquella fue la barca que me llevó al desierto
donde la humana estirpe no llegaría a tocar.
Soltaron las amarras y sobre un mar ya muerto
cayó otro mar más grande: partir para olvidar.

Por fin llegué a la orilla de la isla soñada.
Mi vida al fin llegaba a no odiar ni querer.

Y al bajar a la isla lejana y escondida
donde la estirpe humana no llegaría a tocar,
sonriendo y sollozando di eterna despedida
y allí quemé mis naves para no regresar.

MUY PRONTO...

Muy pronto, quién lo duda,
como una mariposa
que en línea azul o verde
se posa en una rosa,
vendrá la noche amarga a posarse a mis pies.

Entonces, para siempre, sin que lo dude nadie,
dejaré de mirarte como el tiempo, jamás.

Ni el campo, ni los árboles que amé con tanto afán
he de volver a verlos.
Nunca tu aliento suave volverá silencioso
a hundirse en los recónditos misterios de mi amor.

He de quedar inerte.
Frente a mí, silenciosa, transparente, divina,
la juventud eterna de la muerte
se extenderá en el llanto de un sauce o de una encina.

Eso es lo triste, Amada.
Cuando muera,
por mucho que lo pidas,
nunca tendré los árboles en mis ojos cerrados.

Nunca podré mirarlos tan amados, tan grandes,
tan puros y callados, tan altos y tan nobles.

¡Ya no mirar los árboles, Amada de mi ensueño!
Eso es lo más amargo de la noche y la muerte.

¡No mirar a los ríos, ni escuchar su murmullo!
No contemplar el río que baja luminoso
hacia un lejano mar que lo espera llorando.
No mirar tu sonrisa.
No contemplar ya nunca, movido por la brisa,
el penacho solemne de la arboleda verde.

¡No contemplar los árboles!
¡No besarte, amor mío!
¡No tomar agua en el río!

IN MEMORIAM

Josué Mirlo en la tierra. Ya tu palabra alada
se recoge en “La Sombra”.

Fuiste gota de sangre y en aquel seno sagrado
te perfumaste un día
“como la gota de agua se perfuma en la flor”.

Y hoy en otro seno
también se hace el milagro
y nuevamente puro
te perfuma la muerte
“como la gota de agua se perfuma en la flor”..

“El Pozo Solariego” ya no contempla estrellas,
pues su pupila única se ha llenado de lágrimas,
y ya no quiere nidos, ni pájaros ni cantos.
Toda tu poesía lentamente se pierde
sobre el líquido lomo “Del Río Tarambana”,
y “El Pueblo Rabo Verde” se arrodilla al conjuro
de tu mágico nombre
contemplando con pasmo, cómo furtivamente
“la tarde entra a la iglesia con su rebozo lila”,
y siente cómo llega andando hasta el sepulcro

“aquel viejo sendero del monte
a ofrendar sus aromas de pino”.

De pronto “Baratijas” se desnuda ante el templo
y un alarido amargo suelta “Tu imprecación”;
“La Sombra” hace pedazos su hirsuta cabellera
y tu fiel pensamiento
por fin emprende el viaje
“por el largo camino que se tendió a tus pies”.

¡OH VALOR!...

Me estoy haciendo viejo,
aseguro que por eso
siento que en esta vida todo es limpio y verdad.

Desde aquella mirada de la primera novia
en cuyas manos blancas depositara un beso,
(el que fuera el primero que conoció mi boca)
hasta el último beso que diera ayer apenas,
y que no es otra cosa que ronca soledad,
todo es bello y solemne, piadosa realidad.

¡Oh, dolor, hasta cuándo el fuego es vida!
Sentir ahora la inclemencia artera
del dorado contacto de unos labios
sin que brote la sangre ardientemente
como antaño brotara en primavera.
No sentir el inmenso desafío
del fuego del deseo que carcome
toda la carne roja como un río
que arrastra en su torrente todo un mundo
de árboles, de casas y de todo.

¡Irse apagando lentamente
sin poderlo evitar!

¡Oh, vejez dolorosa que no es vida,
ni muerte, ni crepúsculo, ni anhelo!
¡Oh, pavor a la vida!, explícame un enigma:
¿Por qué ignorada ley nunca envejece el mar?

¡Y el cenit que es azul eternamente,
sin arrugas, ni canas, ni dolores!
Cuánto dieran los hombres por parecerse al cielo.

SILOGISMOS

*Poco a poco amigos, que
en los nidos de antaño,
no hay pájaros hogaño.*

MIGUEL DE CERVANTES

*A Jesús Medina Romero,
tribuno y poeta.*

10.

Me acerqué de puntillas a la noche
y contemplé el silencio.
El cielo estaba en plenitud de lágrimas.

Miro hacia atrás y escucho el alarido
de Argivos y Troyanos.

Helena estuvo en Troya...
No fue Jerusalem la sagrada ciudad
de los antiguos.
Fue Troya la sagrada porque allí estuvo Helena.
Su belleza perenne santificó la *Iliada*.
¿De qué le sirve al hombre tener el viento a solas?

El hombre vive solo
 en medio de la obscuridad
 azul del universo.
 Afuera sólo mundos de tierra calcinada
 y el fuego de los astros.
 Sólo a sus plantas sueñan
 la yerba florecida,
 el arroyo que canta sobre el cauce
 y el candor misterioso de la vida.
 Arriba está la muerte sin distancias
 ni límites.
 Un infinito curvo, poblado de galaxias.
 Lejanías dispersas e insondables
 sin conocer el verde
 caminar de la tierra,
 sin el ruido del mar
 ni el arrullo del viento,
 viento del sur o viento del otoño.

Arido universo sin fronteras
 hasta que el hombre llegue con sus plantas
 a conquistar los dioses sin orillas
 de cada mundo que avisa la ansia,
 el afán de las alas desplegadas
 del hombre hacia el destino:
 el conquistar la aurora,
 el trasplantar la vida
 a todos los planetas para hacerlos
 germinar con dolor la yerba húmeda
 bajo sus pies insomnes
 y poder escuchar en cada mundo
 la voz de don Quijote
 y el lento caminar de Rocinante.

30.

Dulcinea Dulcísima,
 te adoro porque fuiste
 la novia inmaculada, el sueño más insigne
 del Caballero
 de la Figura Triste.

¡Cómo no amarte, oh Dulce Dulcinea,
 si eras tan pura como un árbol joven
 y tan sencilla como el Padre Nuestro.

40.

El hombre y el poema y la plegaria.
 Soñoliento a sus pies y de rodillas
 tendrá por siempre el infortunio amargo.
 Arriba de sus ojos, una densa
 soledad sin confines y una inmensa
 bifurcación de arcanos sin orillas.

¿Que arriba de sus ojos hay luceros?
 Pero abajo hay abismos, pues le espera
 llanto y miseria y el dolor de todos
 los que padecen hambre sin justicia.

El paria, en su desierto,
 nunca supo lo que es la primavera.

50.

Un Domingo de Ramos Jesús entró a Sevilla
 y fue por don Quijote para asistir a misa.
 Después salieron juntos a recorrer La Mancha.

¿Acaso Dios en Cristo, no era por sus andanzas,
otra cosa que un joven Quijote de la Cruz?

6o.

Ofrenda a Dulcinea

Ibas andando entonces tan silenciosamente,
tan bella y pura y fina
que todos los caminos se pararon a verte.

El crepúsculo rojo se paseaba indolente
y se estiraba ufano siguiendo tus andares
como si fuera un niño contemplando una rosa.

Y para verte
en seco se detuvo también la misma muerte.
Por eso estás ahora tan viva como el llanto.

7o.

¿Por qué la gloria con su manto leve
no me envolvió radiante y vocinglera?
Allá en el corazón siento que llueve
y el agua moja mi heredad entera.

Un canto en un poema y en otoño

Hice versos de tiempo...
y en medio del invierno amanecido y fuerte,
pongo mis pies a calentar de pronto,
pues ha de caminar por ese eterno
camino sin retorno,

y me dispongo
para estar a la altura de la muerte.

80.

La lira es incensario,
lámpara votiva entre las nubes,
un beso arrodillado frente al viento.

Cuánta amargura y cuánto desengaño,
cuánto dolor y cuánto desaliento.
Qué inútil, qué insensato y qué terrible
resulta ser poeta.

Cuelgo la lira ahora y para siempre.
Sí, don Quijote amado, para qué ser poeta.

I N D I C E

Homero Acosta	5
<i>La Canción Olvidada</i>	
La Canción olvidada	13
La Canción de las ruinas	15
Mi Tío y su mula la "Sabrosa"	17
Eternamente	19
Novia mía moderna	20
Pinceladas	21
Crepúsculo a la orilla del mar	22
¿Quién?	23
Al óleo	24
Ecce Homo	25
Viaje de ensoñación	29
Semana Santa en la Alameda	31
El elogio a la mujer mexicana	33
Diamantinas	37
Himno al campo	39
Imprecación al campo	41
Cristo moderno	47
El último madrigal	48
Calor	49
Angustia	50

Campestre	51
Biblioteca	52
Noche romántica	53
Viejo indio	54
Soñando en tren	55
Canción	56
Holocausto	57
Primavera	58
Sinfonía	61
El poema a la madre	62
La canción del creyente	65
¡Sólo así!	66

Canto a la Tierra

Poema a la tierra	71
En tí encuentro consuelo amada mía	76
Claro de luna	78
Cosecha	85
El Antrophos	87
Madrigal	89
Vieja angustia	90

Poema a la Amada

Poema a la amada	93
Noche en el trapiche	98

Lluvia en Otoño

Ofertorio	103
La infinita soledad	104
La oración de María Magdalena	107
María	108
Desde entonces	110
Poeta	111

Elegía a la muerte de un poeta	113
Pinacelada	114
En Santa Elena	115
Así eres	117
Ingenuidad	119
En Taxco	120
Conocí Zacatecas	121
Al besar tus ojos	122
Inalterablemente	123
Huasteca antigua	125
He aquí al hombre	129
He reformado	131
Pinaceladas	133
El hombre se va inundando	136
¡Un día!	138
Veinte años después	140

Fuego, Humo y Cenizas

Invocación	145
En mi pueblo	146
Ya no	148
Hasta cuando...	150
Viejo anhelo	153
?...	155
Triste elegía	157
Eseucha	159
La oración de Cuauhtémoc	160
La arenga de Luzbel	162
Adán en sombra	164
Mayo	166
El evangelio	168
¿Así será?	169
Viernes Santo	171
En la pira	172
Una mañana...	173

Los cantos al río Moctezuma	174
Dicha	183
Enojo	184
Me quedaré contigo	185
Para siempre	186
Esta sangre	187
Mensaje	188
La sed	189
¿Para qué?	190
En la vida y en la muerte	191
Angustia	193
El regalo	194
Ante una virgen	195
Aquel árbol	196
El viaje	201
Muy pronto	202
In memoriam	204
¡Oh valor!...	206
Silogismos	208

Por iniciativa del señor Lic. Leopoldino Ortiz Santos, gobernador del Estado, el señor Lic. Alfonso Lastras Ramírez, rector de la UASLP, dispuso la impresión de este libro en los talleres gráficos de la Editorial Universitaria Potosina. La edición estuvo al cuidado de Jesús Medina Romero y José de Jesús Rivera Espinosa, fue concluida el 22 de junio de 1988 y consta de 2000 ejemplares.



*Gobierno del Estado
de San Luis Potosí*



*Editorial
Universitaria
Potosina*